

Crónica de ambos Mundos.

REVISTA QUINCENAL

DE POLÍTICA, LITERATURA, CIENCIAS, INDUSTRIA Y COMERCIO.

AÑO II.

VIERNES 25 DE OCTUBRE DE 1861.

NÚM. 20.

SUMARIO.

Acontecimientos de Portugal.—Tratado de comercio.—Diego Colon en la isla de Santo Domingo, por D. José S. Biedma.—El Palacio de Cristal de 1862, por don J. S. Bazan.—Los Ingleses: Estudio sobre la vida y costumbres del pueblo bajo de Londres, por J. S. Bazan.—El Bálsamo de las Penas, por Doña Ángela Grassi.

ACONTECIMIENTOS DE PORTUGAL.

Las tristes nuevas de Portugal que estos pasados dias nos ha comunicado el telégrafo, han despertado el interés y la atención pública. Una familia real adorada de su pueblo, como lo es la dinastía de Braganza, se ha visto herida por la desgracia de un modo terrible y sobrenatural. Cuatro jóvenes Príncipes, llenos de vida, de grandes esperanzas, que parecían asegurar por mucho tiempo la existencia de su nombre sobre el trono del vecino reino, se han visto acometidos de una enfermedad terrible no bien definida, con caracteres parecidos á los de la fiebre tifoidea; tres han fallecido bajo su funesto influjo, y el cuarto se encuentra en tan lamentable estado, que se teme que al fin sucumba, ó quede en estado de postración y de idiotismo mas terrible aun, que la misma muerte.

Y cuando el pueblo portugués ha visto malograrse en flor las justas esperanzas que habia depositado en la frente de sus queridos y jóvenes Príncipes; cuando el Rey D. Pedro V, y sus hermanos D. Fernando y D. Juan han bajado al sepulcro, entre las lágrimas de sus inconsolables súbditos; cuando el infante D. Augusto queda en el mas triste estado de postración, y cuando se teme por la salud del nuevo Rey D. Luis que ha sentido algunos sintomas de la feroz enfermedad, aunque por fortuna se han contenido, Portugal ha tenido motivos para alarmarse justamente y para llorar pérdidas tan dolorosas y sensibles. Con estos tristísimos sucesos ha coincidido la muerte del Príncipe Alberto, esposo de la Reina de Inglaterra, de la familia de Coburgo, como los príncipes de Portugal, y como ellos tambien atacado de los mismos sintomas.

No era, pues, extraño que la imaginación popular, revistiendo estos sucesos de circunstancias extrañas, y prestando oídos á la voz de instigadores mal intencionados, ó interesados en despertar los resentimientos

se lanzara á concebir sospechas de crímenes terribes y de osados delincuentes. Naturalmente tambien esas sospechas, una vez concebidas, habian de recaer en aquellas personas, que á juicio del vulgo, tenían interés en hacer desaparecer de la escena política á los desgraciados Príncipes de Portugal, sagrado emblema que representaba el amor de los portugueses á su libertad é independencia. Pero como esas sospechas no tenían mas cuerpo ni fundamento que el que las prestaban las circunstancias de los sucesos y el ardor de la imaginación popular, iban recorriendo diversas personas y partidos, segun crecían ó menguaban. Así es que primero fueron objeto de ellas los dignos españoles empleados en los trabajos del camino de hierro. A este propósito se recordó un convite que la empresa dió al malogrado D. Pedro V, y uniendo este hecho insignificante en sí á los sintomas de la enfermedad y á los deseos de unión de Portugal y España, que naturalmente suponen en los españoles, se acusó y hasta se llegó á amenazar á estos, hasta que la voz de la razón, el consejo de la prensa, los esfuerzos de las autoridades, y el concurso de las personas sensatas, dispuso esas sospechas injustas, serenando los ánimos, y calmando las pasiones populares en efervescencia.

Pero apenas pasadas estas tristísimas escenas, que pudieron comprometer gravemente la vida de honrados españoles, la dignidad de Portugal y sus buenas relaciones con España, empieza la enfermedad del infante D. Juan, y el nuevo Rey D. Luis se presenta con algunos sintomas aunque ligeros, en todo parecidos á los de su hermano. Entonces se recordó un hecho que habia pasado desapercibido hasta entonces; era este la negativa del arzobispo de París á permitir que se celebrasen honras fúnebres en una iglesia de aquella capital por el alma del desgraciado D. Pedro V, y las sospechas se presentaron de nuevo con la mayor fuerza, dirigidas esta vez contra el partido neo-católico y absolutista, y por consiguiente contra los partidarios de D. Miguel el pretendiente.

Veíase que solo los Príncipes eran atacados, salvándose su servidumbre, y entre los Príncipes solo los hijos varones de Doña María de la Gloria únicos que podían subir al trono, puesto que las hembras renunciaron sus derechos á él al contraer su enlace con Príncipes extranjeros. Vióse que la corona en caso de extinción de la rama reinante pasaba á manos de la in-

fanta Doña Isabel, ó volvía á las de D. Miguel, y acordándose del famoso *¿cui prodest?* se acusaba á sus partidarios, y víctima de estas acusaciones, se veía maltratado el conde da Ponte, y otros muchos amenazados, buscaban en la ocultacion, remedio á su inminente ruina.

Al mismo tiempo la muerte del Principe Alberto de Inglaterra, y la circunstancia de ser D. Luis el actual Rey de Portugal, el único que gozaba buena salud, hacia correr rumores que auguraban que en un convite de Londres, el Principe Alberto habia cambiado su sitio con el infante D. Luis, y á este carabio atribuian la muerte del primero y la salvacion del segundo. D. Juan de Borbon y su secretario Lazeu eran acusados de buscar en el asesinato mas feroz y cobarde el medio de conseguir el trono que ambicionan, y se decia que Lazeu habia estado oculto en Lisboa poco tiempo antes, preparando, sin duda, los horribles proyectos que se le atribuian; en una palabra, la fértil imaginacion del pueblo alentada por ocultos impulsos no perdonaba medio de forjar crímenes y de designar autores, sin querer hallar en la naturaleza y en la ciencia explicacion á lo que calificaban de crimen.

Por fortuna en medio de tanta desgracia, por honor de la humanidad y en justo desagravio de los acusados, hoy parece un hecho fuera de toda duda, que los Principes de Portugal y el de Inglaterra han fallecido naturalmente á impulsos del tifus, ese veneno de la naturaleza, contra el cual en la mayor parte de los casos es impotente la ciencia. La autopsia del cadáver de D. Juan y el testimonio unánime de los médicos así lo acredita, y de los datos higiénicos de Londres y Lisboa resulta que en ambas capitales ha hecho estragos en los últimos dias el tifus, falleciendo en el segundo punto de esa misma enfermedad 353 atacados.

No hay, pues, motivo para sospechar ni pensar en un crimen odioso. ¡Con cuánto placer lo consignamos! La Providencia, en sus altísimos decretos, es la única que ha podido determinar que tanta juventud, tanta vida, tantas justas esperanzas desaparezcan sembrando el llanto en todos los ojos y el dolor en todos los corazones. ¡Acatemos, pues, el fallo de la Providencia!

Pero porque así sea no es menos cierto que es gravísima la situacion de Portugal y los peligros á que queda espuesta la dinastía de Braganza entregada al capricho de la suerte que puede privar de la vida al único Principe hábil que queda, al actual Rey D. Luis. Por eso es necesario que el pueblo portugués, dando tregua á su justo sentimiento, medite maduramente en el porvenir y en su interés; pese las circunstancias, examine el estado de la Europa, su misma situacion como potencia europea, evoque los recuerdos de su antigua grandeza y vuelva sus ojos hácia sus hermanos de España únicos que pueden hacer que luzca para él un dia en que le alumbre su pasada gloria. Si la Providencia envia los sucesos, es inútil rechazarlos, y necesario seguir el impulso que ella nos comunica. Las desgracias se sienten, pero una vez lloradas, el ánimo grande y pensador busca los medios de sacar provecho hasta de las terribles calamidades que el tiempo arroja sobre la humanidad.

España y Portugal pueden y deben ser un solo pueblo grande, feliz y poderoso. Si la Providencia aunque sea por la voz de la desgracia nos dice el camino, ¿hemos de negarnos á seguirle?

Que el pueblo portugués piense y se prepare: en la desgracia sufrida puede hallar enseñanza! ¿Qué haria si, lo que Dios no permita, falleciera tambien el digno Rey que hoy ocupa el trono? Esto es lo que es necesario determinar, porque los pueblos no viven para lo pasado, sino para lo porvenir.

TRATADOS DE COMERCIO.

Nuestros lectores saben que una de las condiciones estipuladas en nuestro tratado de paz con el Imperio de Marruecos era la ulterior formacion de un tratado de comercio. Aunque los intereses materiales sean achaque general de la política moderna, y aunque sea lamentable que el entusiasmo carezca á veces de móvil mas generoso, de objeto mas levantado, nosotros, sin embargo, nos guardaremos bien de cerrar los ojos á la luz de la razon, negando la importancia y la conveniencia de esos contratos que en grande ó pequeña escala pueden contribuir al aumento de la riqueza y del bienestar del país. Esto decimos á pesar de la repugnancia con que vemos crecer algunas naciones, y las vemos crecer ricas de ambicion y de egoismo, escudadas por la fuerza, y pareciendo llevar escrito solamente en sus banderas la palabra *interés*, ante la cual se doblegan las mas firmes voluntades y los propósitos mas firmes.

En efecto, en todos los siglos ha recurrido la autoridad á cuantos medios ha tenido á su alcance para desviar la opinion, para debilitar las pasiones si en alguna manera se oponian una y otras al rumbo que con buena ó mala direccion se trazara. Así vemos al arrimo del clero la voluntad de los reyes, cuando con sola la unidad de la Iglesia y el entusiasmo de la Religion era posible reorganizar el Estado; la vemos levantando el brazo de las ciudades para reprimir el orgullo de los nobles, y enalteciendo á estos primero, cuando eran de absoluta necesidad para llevar á cabo la reconquista de España; y la vemos hoy, en fin, y no hablemos de nuestra patria precisamente, sino en general del gobierno actual de todos los países, de la tendencia marcada de nuestra época, la vemos, decimos, procurando con el cebo de la ganancia apagar ó por lo menos hacer callar momentáneamente la lucha de los partidos y repartir los bienes de fortuna con un amor y una solicitud dignos del mas elevado talento y de la comprension mas clara.

Repetimos que se nos alcanza, sin embargo, la importancia de los intereses materiales por mas que no estemos dispuestos á concederles la primacía. Con gusto veremos la publicacion del convenio anunciado para, fomentar nuestras relaciones mercantiles con el Imperio Marroquí, y suponemos habrá presidido á su formacion un estudio minucioso de las producciones y de las conveniencias é inconveniencias que ofrece la vecina

costa de Africa por su configuracion natural y demás geográficos accidentes.

Los merodeadores de oficio que siempre abundaron en el litoral que se estiende y es barrera al Mediterráneo por la parte del Mediodía, fueron en mal hora ocasion de negociaciones y tratos entre los gobiernos europeos que veian continuamente espuesto su comercio é indultado su pabellon, y los Emperadores, Reyes ó Sultanes de la Mauritania y demás países que la vieja Europa tiene por el Sur frente á frente, antiguo albergue, como es sabido, de molestos y temerarios piratas. Viniendo á tiempos no muy lejanos, la España celebró durante el reinado de D. Carlos III el año 1767 un tratado de paz y de comercio con Sidy-Mohamed-Ben-Abdala, Ben-Ismael, Rey de Fez, Mequinez, Algarbe, Sus, Tafílete y Dra, Emperador de Marruecos; celebró otro convenio con el Imperio Marroquí en 1780, convenio que firmó el conde de Florida Blanca á la sazón primer secretario de Estado; y en 1799 se concluyó y firmó en Mequinez un nuevo tratado de paz, amistad, navegacion, comercio y pesca, algo mas extenso y circunstanciado que los anteriores.

Cuanto pudieron á la postre las convenciones diplomáticas, nos lo muestra la guerra que últimamente tuvimos, término á que nos llevaron la insolencia de los moros fronterizos, y la impaciencia natural de los españoles.

Que las producciones de nuestro suelo y de nuestra industria, no logren alguna salida en los puertos Marroquíes, despues de publicado y conocido el nuevo convenio, no es cosa que pueda negarse. Esperamos que los principios por la economía política moderna, proclamados, se habrán tenido presentes al redactar las bases del contrato, y que España reportará ventajas en cambio de las pérdidas sufridas; ventajas que harán ensanchar, hasta donde sea posible, su círculo de accion, su movimiento y su vida.

Para formar una idea del comercio habido hasta ahora, tomamos de los datos publicados por la Comision general de Estadística del reino, los siguientes, que muestran lo que hemos importado y esportado con Marruecos desde el año 1850 hasta 1858.

Años.	Importacion.	Esportacion.
1850	Rs. 446.628	Rs. 683.608
1851	213.560	482.864
1852	400.142	211.622
1853	312.118	29.183
1854	268.659	351.190
1855	198.462	34.652
1856	5.270.472	13.716
1857	6.962.148	17.404
1858	7.509.123	179.220

Parécenos que la desproporcion entre los valores de las mercancías importadas y esportadas en los últimos años, habrá llamado la atencion, y estudiada la causa, se habrá obrado con completo conocimiento del asunto. Los hechos son, los que probarán mas adelante si ha acertado el gobierno, ó si por el contrario, como sería doloroso, no ha sabido aprovecharse de las circunstan-

cias presentes, en las que, sea dicho con imparcialidad, está la ventaja de su parte.

DIEGO COLON EN LA ISLA DE SANTO DOMINGO.

Durante el gobierno de D. Nicolás de Ovando en la isla española, la enemistad de los indios hacía sus conquistadores, se manifestó con la mayor violencia. Sucesos demasiado ciertos por desgracia, aumentaron en este pueblo oprimido y decaído, aunque alguna vez grande y generoso, el odio á los españoles; habia sido subyugado, pero no sometido, y el nuevo gobernador mas severo que sus antecesores, les exasperó hasta el último extremo. Su secretario, insensible ejecutor de sus arbitrarios decretos, era un hombre de la mas insaciable codicia, y los individuos le odiaban mas que á su amo. Murió de repente, y los alarmantes síntomas que precedieron á su muerte, originaron la general suposicion de que habia sido envenenado por los indios. Se buscó á los culpables; pero no se los pudo descubrir. El suceso hizo mucho ruido, aunque no era el primer crimen de este género, cometido por los naturales del país. Se sabia que conocian venenos mortales, se los habia convencido mas de una vez de haber hecho uso de ellos; pero ni el tormento ni la muerte pudieron hacerlos descubrir sus horribles secretos.

Poco despues de la muerte del secretario de Ovando, la corte de Españas, haciendo la justicia que se merecia á D. Diego Colon, hijo de Cristóbal Colon, le nombró Virey de la Española y Almirante de Indias. Don Diego, que estaba entonces en la flor de su juventud. adornado de las mejores cualidades y de todas las virtudes que pueden conciliar y ganar el corazón, acababa de casarse con una sobrina del duque de Alba, á cuyo favor mas bien que á los méritos de su padre, se supone debió el nuevo gobierno. Los hechos y en particular las exageradas relaciones de Ovando, representaban á todos los indios como viles esclavos, y aunque buenos en la apariencia, y adictos á sus dueños y al gobierno, eran, sin embargo, capaces de cometer las mas negras y horribles traiciones. Referíanse las cosas mas sorprendentes de la inconcebible sutileza de los venenos del país, y quizá no habia exageracion en ello. El temor de que estas ideas llenaran el ánimo de la esposa de D. Diego, sirvió de incentivo á su decision de seguir al Virey, de modo que pudiera preservarle con todas las precauciones que el miedo y toda la vigilancia que el amor pueden sugerir. Marchó, pues, con todos los españoles que debian formar su corte en Santo Domingo. Entre ellos iba una íntima amiga suya de la niñez, llamada Beatriz, que aunque de pocos años mas que ella, por el tierno afecto que la profesaba, podia mirarla como madre.

Aunque los indios se alegraron de verse libres de Ovando, no estaban mucho mejor dispuestos hacia su sucesor. Era hijo de su conquistador, y al que miraban como causa de todos sus males, no pudiendo por

consecuencia esperar de él la libertad que apetecían. En vano se los dijo que D. Diego era bueno, amable y justo; pues repetían entre sí, es un europeo. Esta palabra significaba en su boca todo lo que puede espresar el odio mas maligno. Los indios conocían los mas enérgicos reactivos contra los venenos y los maravillosos antidotos que la pródiga naturaleza ha producido para remedio de diferentes enfermedades. Las propiedades de ciertas plantas medicinales del país, no eran tampoco desconocidas de los indios que se habían obligado á ocultar este secreto á sus conquistadores con un pacto solemne, celebrado entre todos ellos con los mas horribles juramentos que renovaban con frecuencia.

A pesar de la severidad de su esclavitud, los indios habían podido conservar en secreto una especie de gobierno: tenían un jefe, cuyos misteriosos deberes consistían en reunirlos durante la noche en ciertas épocas para renovar sus juramentos y designar algunas veces las víctimas que debían hacer entre sus enemigos. Los indios que servían en las aldeas, que tenían mucha mas libertad que los que estaban obligados á servir en el palacio del Virey, ó se hallaban empleados en las obras públicas, nunca faltaban á estas reuniones nocturnas que se celebraban en las montañas, en lugares desiertos, accesibles únicamente por senderos que hubieran parecido impracticables á los españoles. Pero estos sitios eran para ellos, sino el feliz asilo de la libertad, el único refugio contra la tiranía. En esta época su secreto y principal jefe, pues tenían varios, se llamaba Xaragua. Trabajada por la desgracia y la injusticia, su alma naturalmente grande y generosa se había cerrado desde mucho antes á todo sentimiento de ternura. La mas vehemente indignación, contenida por la necesidad, pero aumentada de día en día, había acabado por convertirlo en un bárbaro feroz. La bajeza y cobardía del envenenamiento, era sin embargo, repugnante á su corazón. Nunca había hecho uso de este terrible medio de venganza, hasta se le había prohibido á sus compañeros, y aunque se cometieron por este medio terribles represalias, nunca obtuvieron su consentimiento ni su aprobación. Xaragua era padre, tenía un solo hijo, llamado Gualca, al que amaba tiernamente, y al que había inspirado una parte de su odio contra los españoles. Gualca, que era joven, buen mozo y generoso, se había casado tres años antes con la india mas hermosa de los alrededores de Santo Domingo. Ozama tenía un carácter tan amable y sensible como buena presencia, constituía toda la felicidad de su marido, y toda su existencia estaba dedicada á Gualca y á un niño de dos años, fruto de su amor.

Había otro jefe, Roca, que lo mismo que Xaragua, tenía la mayor influencia sobre los indios. Roca era violento y cruel, y ninguna virtud natural templaba el furioso instinto que dirigía siempre sus acciones. Ambos jefes pretendían un ilustre origen, se gloriaban pertenecer á la raza de sus antiguos caciques.

Pocos dias antes de la llegada del nuevo Virey, Xaragua convocó para la noche siguiente una reunión bajo el collado del Arbol de la Salud, como ellos llamaban á uno, cuyas eficaces virtudes medicinales, les eran de grande alivio contra las calenturas reinantes en la isla.

Cuando todos estuvieron juntos; «amigos, les dijo: un nuevo tirano viene á reinar sobre nosotros; renovemos nuestros juramentos de justa venganza. Allí no podemos pronunciarlos mas que en la oscuridad. La desgracia nos obliga á ocultarnos en las sombras de la noche; repitamos al rededor del Arbol de la Salud el terrible juramento por el que nos comprometemos á ocultar nuestro secreto.» Dicho esto, Xaragua con voz alta y tono firme, pronunció estas palabras: «juramos no descubrir nunca á los hijos de la Europa las virtudes divinas de este arbol sagrado, lo único que nos resta de nuestra antigua prosperidad. Maldito sea el indio que, seducido por falsas virtudes, por temor ó debilidad, diga este secreto á los destructores de nuestra patria, de nuestros reyes y de nuestra grandeza. Maldito sea el cobarde que entregue este tesoro á nuestros opresores, á esos bárbaros que han quemado nuestros templos y nuestras ciudades, invadido nuestros campos, y bañándose en sangre despues de sujetarlos con las mas inauditas crueldades. Conserven el oro que nos roban y de que son insaciables, ese oro que los cuesta tantos crímenes; pero dejémonos esta dádiva del cielo. Si entre nosotros llegase á haber algun traidor, juramos perseguirle y exterminarle á él y á los suyos, aunque sea nuestro padre, nuestro hermano ó nuestro hijo: juramos, si está ligado por los lazos del matrimonio, llevar nuestra venganza hasta su mujer y sus hijos, y aunque estén en la cuna, inmolarlos y extinguir de una vez su culpable raza.»

Obligados á disimular sus verdaderos sentimientos, los indios conservaban siempre un aparente respeto y sumisión. Un gran número de jóvenes indias se presentaron con canastillos de flores en la cabeza á las puertas de Santo Domingo, para celebrar la llegada de la Vireina cuando desembarcó con su esposo en 1509. Ozama se hallaba á su cabeza, y agradó tanto á la esposa del Almirante su belleza, gracia y dulzura de su fisonomía, que pocos dias despues manifestó el deseo de tomarla para su servicio entre las otras esclavas indias empleadas en su palacio. La Vireina llegó á tener tal afecto á Ozama, que bien pronto la nombró doncella suya. Esto pareció una imprudencia á Beatriz la amiga de la Vireina; pues la imaginación de Beatriz estaba tan fuertemente impresionada con las noticias que había recibido de la perfidia de los indios, que á pesar de la natural generosidad de su carácter, no dejaba de tener grandes temores, y su continua desconfianza la inspiraba las mas negras sospechas. Servíala de escusa que temía por su amiga y no por sí misma. Pero mientras Beatriz veía con pesar la amistad de la condesa hacia la India, las otras doncellas la miraban con envidia. Ozama por su parte sentía el mas tierno afecto hacia la esposa de D. Diego; pero para evitar todo motivo de disgusto, se encerraba en su cuarto, del que no salía hasta que la llamaba su señora. El Virey no perdonaba medio para ganar el amor de los indios; pero no era extraño que un virey comenzase su gobierno con un espíritu benévolo, justo y conciliador, y despues desmintiese todas estas lisongeras, pero engañosas esperanzas, y de consiguiente la natural bondad de D. Diego no hizo ninguna impresión favorable en ellos,

pues la miraban como fingida ó el resultado de la debilidad y temor que habia ocasionado la repentina muerte del secretario del último Virey.

Apenas hacia cuatro meses que estaba en Santo Domingo la nueva Vireina, cuando su salud comenzó á decaer visiblemente. Atribuyóse en un principio su enfermedad al gran calor del clima; pero conforme se iban aumentando los terribles síntomas, comenzó á crecer la ansiedad de cuantos la rodeaban. Empleáronse todos los remedios entonces conocidos, mas en vano por desgracia. La solicitud de Beatriz escedió á cuanto pueda espresarse. Dirigía continuas preguntas al médico que habia ido con ellos de España, y el cual sintiéndose inhábil para curar la enfermedad, meneaba la cabeza y hablaba en términos misteriosos, dando á entender que la atribuía á alguna causa misteriosa que no podia explicar. Sus confusas palabras y oscuras indirectas hicieron concebir á Beatriz la horrible idea de que su amiga moría envenenada. Desde este instante no tuvo momento de sosiego, aunque procuraba ocultar sus terribles sospechas á la Vireina y aun al mismo D. Diego, la fué imposible ocultarlas á dos doncellas de su amiga que las corroboraron y dieron por verdaderas. ¿Pero quién podia haber cometido semejante crimen? No podia ser nadie mas que Ozama. Ozama que tenia entrada libre á todas horas en la habitacion de la esposa del Virey. Pero Ozama habia recibido multitud de favores de la Vireina, y que podia haberla inducido á cometer semejante atrocidad. Ozama era una hipócrita, una mujer falsa y ambiciosa, que deseaba además suplantar á su señora en el corazon de su marido. En una palabra, era una india familiarizada desde la niñez con los mas negros crímenes.

La inocente y sensible Ozama, en medio de esta desconfianza é ingratitud, solo pensaba en el bienestar de la Vireina, á quien amaba con toda la sinceridad del corazon mas puro y agradecido. Hallábase doblemente apesadumbrada por saber que existia un remedio infalible para la enfermedad que padecia su querida señora; pero el cual la era imposible darla á conocer. Ozama era sabedora de los juramentos con que los indios se obligaban á no divulgar nunca el secreto. Si Ozama se hubiera espuesto solo al peligro, no hubiese vacilado; pero revelar el secreto era entregar á una muerte segura á su marido y á su hijo. Sabia tambien que el vengativo Xaragua para asegurarse mejor de su discrecion, habia colocado á su querido hijo en manos del feroz Roca, y de Azna, otro de sus jefes, menos cruel, en verdad, que Roca; pero no menos exasperado contra los españoles. Ozama no se atrevió á decir su pesar ni aun á Gualca, le ocultó en su seno y lloró en silencio. Su pena crecia conforme se perdian las esperanzas con el aumento de la fiebre y los augurios del médico de que tenia serios temores de su restablecimiento y que no podia salir de cualquiera de sus ataques, si se renovaban en el término de doce ó quince dias. La consternacion era general en el palacio. Este terrible anuncio llevó á D. Diego y á Beatriz al extremo de la desesperacion, é hirió en lo mas profundo el corazon de la pobre Ozama. La mujer del Virey, convencida de su estado, manifestó tanta resignacion

como dulzura y piedad. Dió á su marido y á su amiga un tierno adios, recomendando al primero los pobres indios, y en particular á su querida Ozama que presencié esta patética escena y no pudo ya resistir al exceso de su dolor. Su salud debilitada desde tres meses antes, sucumbió ahora completamente bajo tanto sufrimiento, y fué atacada en aquella tarde de la misma enfermedad que la moribunda Vireina.

II.

Despues de dos ó tres ataques, Gualca llevó á Ozama con consentimiento de los indios la preciosa medicina que debia curarla. Este consentimiento se habia dado, sin embargo, con la espresa condicion de que no la daria mas que una dosis de una vez cada dia. Ozama recibió por la mañana la primera dosis que debia tomar por la noche al acostarse. En cuanto se quedó sola, miró el antidoto y las lágrimas brotaron de sus ojos que levantó al cielo diciendo: «Gran Dios, de tí proviene sin duda mi inspiracion, no podré salvarla sino sacrificando mi vida, pero lo haré y no revelaré el terrible secreto. Mi muerte servirá para espiar mi compasion, además mis compatriotas no sospecharán nunca semejante sacrificio y atribuirán su cura á los auxilios de la medicina. Así no peligrarán, Gualca ni mi hijo. No haré traicion á sus juramentos y moriré porque ella viva.» Despues de estas palabras Ozama cojió el antidoto y se levantó, pero se detuvo pensando cuánto mejor haria en entrar cuando no se la observase en la habitacion donde se preparaban las medicinas para la Vireina.

Pero por mandato de Beatriz se vigilaban todos los pasos de Ozama con el mayor cuidado, é inmediatamente se la dió aviso de que Gualca la habia visitado aquella mañana, que uno de los criados habia estado escuchando detrás de la puerta para oír la conversacion, pero que no habia entendido nada de lo que decian, porque hablaban muy bajo; pero que Gualca al separarse parecia muy agitado; que Ozama bajó poco despues por la escalera y pasó por el corredor observando todas las puertas; que se detuvo en la del cuarto de la Vireina, manifestando en su rostro y maneras temor de ser vista, y que por último, volvió á su habitacion.

Beatriz tembló á esta noticia, inmediatamente sospechó que Ozama intentaba introducirse en el cuarto de su señora por la noche, y en su consecuencia mandó á los criados redoblar su vigilancia, avisarla en el momento en que saliera de su habitacion y dejar la antecámara de la Vireina entreabierta y la llave en la puerta. Beatriz se apresuró á contar este suceso á don Diego, que aunque no participaba de sus sospechas, no dejó de sorprenderse, y convino en ocultarse tambien en la habitacion de su esposa.

Una hora despues de anochecer recibió Beatriz aviso de que Ozama bajaba las escaleras, pero sin luz, en la oscuridad y hasta con cierto misterio que indicaba timidez y precaucion. Beatriz y don Diego se apresuraron á ocultarse. A los pocos minutos oyeron abrir la puerta y se presentó Ozama. Estaba pálida y temblorosa, marchaba despacio y no sin trabajo. Miró en tor-

no suyo con unos ojos en que se pintaban vivamente la ansiedad y el terror; despues se puso á escuchar á una puerta que daba á la habitacion de la Vireina. Todo estaba en silencio. Ozama se acercó á la mesa en la que únicamente habia una botella de cristal, sacó la medicina que llevaba oculta en su seno: tomó la botella en una mano, y echó unos polvos con la otra. En el mismo instante entró en el cuarto el Virey lleno de terror, exclamando: «Desgraciada, ¿qué has echado en esa botella?» A esta terrible aparicion, á esta terrible pregunta, Ozama retrocedió aterrada, el frasco se escapó de sus manos y se rompió, despues cayó en una silla diciendo «estoy perdida» y se desmayó. La condujeron entonces á otra habitacion, y don Diego y Beatriz convinieron en ocultar á la Vireina este atroz atentado. «Querria perdonar á ese monstruo, añadió don Diego, y nadie en el mundo lo conseguirá de mí; debe hacerse un ejemplo y le haré.»

Inmediatamente se esparció por el palacio y la ciudad la noticia de que Ozama habia sido cogida intentando envenenar á la Vireina. Aquella misma noche fué entregada á la justicia y conducida á una prision.

Al recibir esta noticia, Gualca fué á ver á Roca y á Azna, y les habló así: «Teneis á mi hijo en vuestras manos; prometedme que si guardamos fielmente el secreto, devolvereis el niño á mi padre despues de nuestra muerte.»

«Lo juramos, replicó Roca, pero ya sabes que la menor indiscrecion de parte vuestra le costará la vida.»

—Ahora podemos morir, respondió Gualca.

Despues de estas palabras se separó del feroz indio y se entregó voluntariamente preso. Habia adivinado con facilidad el designio de Ozama al obrar como lo habia hecho; pero le era imposible salvarla sin entregar su hijo al furor del bárbaro Roca, y así resolvió morir con su desgraciada esposa.

Al amanecer se reunió el tribunal para examinar y juzgar á Gualca y Ozama. Abriéndose las puertas de la sala, y habiéndose anunciado que podían entrar los indios, vino un gran número de ellos conducidos por sus secretos jefes Xaragua y Roca. Poco despues aparecieron cargados de cadenas los desgraciados esposos.

Ozama, al ver á Gualca, exclamó con la mayor vehemencia: «No es culpable, no ha tomado parte ninguna en lo que yo he hecho; ignoraba mi designio.»

«Silencio Ozama, la interrumpió Gualca, tu muerte está resuelta, ¿puedes pensar en defender mi vida? No se me ha acusado; pero participaré voluntariamente de tu suerte. Ozama, muramos callando, muramos con valor y vivirá nuestro hijo.»

Ozama comprendió el verdadero valor de estas palabras, y no contestó mas que con sus lágrimas. Comenzó el juicio. Ozama no pudo negar los hechos de que habian sido testigos Beatriz y el Virey. Se la preguntó quién la habia dado los polvos que echó en la bebida.

«Yo se los di», contestó Gualca. Ozama quiso negarlo, protestando siempre que su marido ignoraba su designio.

«¿Y cuál era tu designio?» se la preguntó.

«No era el de envenenar á mi señora.»

«¿Con qué objeto empleaste esos polvos? ¿Pensabas únicamente administrarla un remedio saludable?»

Ozama se estremeció convulsivamente á esta pregunta. Pero en el mismo momento sus ojos se encontraron con los del cruel Roca, y su mirada amenazadora la llenó de horror. Creyó verle asesinando á su hijo.

«No, no, gritó aterrada, no; yo no conozco ningun remedio.»

«¿Entonces era veneno, tú lo confiesas?»

«Yo no confieso nada.»

«¿Pues responde á esta pregunta?»

«No puedo contestar.»

Los jueces no habian recibido orden de emplear el tormento, ni de buscar cómplices, y el matrimonio acusado fué conducido de nuevo á la prision. Se llamó é interrogó al médico de la Vireina, quien declaró que la enfermedad que adolecia esta señora, habia resistido á los remedios mas eficaces, y estaba acompañada de sintomas muy estrordinarios, lo que le habia hecho concebir las mas horribles sospechas, y que el acto de Ozama no le dejaba duda ninguna de su atroz designio, y confirmaba la opinion que tenia hacia mucho tiempo; que en realidad podia suceder muy bien, que esta esclava hubiera hallado medio de administrar algun veneno desconocido á la esposa del Virey, y viendo despues que no se la permitia entrar en el cuarto de la enferma, y temiendo que su juventud y un tratamiento conveniente pudieran triunfar de un veneno administrado en pequeñas dosis, hubiera intentado consumir su crimen, dándole una dosis mucho mayor. Los jueces se llenaron de horror con estos detalles; pero reponiéndose instantáneamente, procedieron á condenar á los dos esposos, como confesos y convictos del crimen de envenenamiento, á ser quemados vivos á las doce del dia siguiente.

Gualca oyó la sentencia con firmeza. Ozama se deshizo en lágrimas, y arrojándose á sus piés: «Yo te he perdido, le dijo, este es mi único remordimiento. ¡Ah perdóname!»

«No, no, querida Ozama, no pienses en eso, la contestó; acusa solo á la barbarie de nuestros jueces. Pero consuélate con que los tiranos que nos condenan, nos libran de nuestro yugo: dentro de unas pocas horas ya no seremos esclavos.»

Estas palabras conmovieron el corazon del mismo Roca. «Gualca, le dijo, no tengas cuidado por la muerte de tu hijo, pues le miraré mejor que si fuera mio.»

Eran las nueve de la mañana. Se dió la orden para preparar la hoguera. La Vireina estaba moribunda. El médico dijo al Virey que no tenia ya ninguna esperanza, que era imposible viviera si la daban mas ataques, y que tal vez apenas la quedaban seis dias de vida. D. Diego en el despecho de la desesperacion, en que tambien se hallaba Beatriz, no podia abrigar ningun pensamiento de clemencia, mirando á Ozama como el monstruo mas execrable que la naturaleza habia producido, desechó de sí todo resto de compasion. Solo ofreció el perdon á Gualca si hacia una franca confesion de su delito.

«Decid al Virey, repitió Gualca, que aun cuando

me ofreciera la vida de mi Ozama, no me arrancaría ni una sola palabra.»

El Virey no quiso permanecer en Santo Domingo durante la terrible ejecución; marchó á una encomienda media legua distante de la ciudad, de donde no pensaba volver hasta la noche.

Mientras toda la ciudad consternada estaba esperando el terrible espectáculo, la esposa del Virey ignorante de este trágico acontecimiento, se hallaba en su lecho mas débil y enferma que nunca. La agitación en que estaban sus criados desde el amanecer no pudo menos de llamar su atención, hizo algunas preguntas y comprendió con facilidad que Beatriz la ocultaba algun secreto y que salía con frecuencia fuera de la habitación para no llorar delante de ella. Aprovechando una de estas ocasiones, la Vireina preguntó á una de sus doncellas y la mandó decir la verdad con un tono tan imperioso que la pobre muger se lo contó todo, añadiendo que Ozama y Gualca, lejos de negar su crimen, habían hecho alarde de él. Este terrible descubrimiento causó á la Vireina tanta sorpresa como horror. «¡Dios mío! exclamó, á ti me encomiendo con la mayor confianza.»

Dió orden de que se la preparara inmediatamente una litera y al mismo tiempo se levantó y vistió ayudada por sus doncellas, envolviéndose despues en su largo manto. A pesar de las lágrimas y sustos de sus damas y de Beatriz que entraron en aquel momento, mandó acercar la litera y entró en ella, haciéndose conducir por sus esclavos.

Era mediodía. En aquel momento Gualca y Ozama, cargados de cadenas salían de la prision para ir al suplicio. Los desgraciados reos llegaban ya á unos trescientos pasos del lugar de la ejecución; el agudo sonido de una trompeta anunció la proximidad de las victimas, y los verdugos encendieron la hoguera, pero solo por la parte superior formada con materias inflamables. Entraban ya los sentenciados en una calle de plátanos á cuyo fin se levantaba la fatídica hoguera, mientras sus funerales llamas parecían esconderse entre las nubes. Los indios tristes y macilentos estaban ya colocados al rededor de la hoguera, llevando cada uno de ellos una rama de ciprés en señal de luto. Los rodeaba una guardia de españoles. Oyense gritos á lo lejos, y de repente aparece un hombre á caballo, corriendo á galope y gritando: «Deteneos, deteneos, de orden de la señora Vireina.» Detuviéronse á estas palabras; Ozama levantó hácia el cielo sus manos suplicantes; pero su alma, presa del terror, estaba sorda á la voz de la esperanza. Por último, se distinguió ya la litera de la Vireina; los que la llevaban estimulados por sus mandatos reboblaron sus pasos, llegando pronto donde estaba el desgraciado matrimonio y deteniéndose cerca de él. La guardia española se apresuró á colocarse cerca de la Vireina, mientras los indios se acercaban y formaban un semicírculo enfrente de ella; levantó entonces su manto, descubriendo un rostro pálido y demacrado, pero lleno de tal gracia y dulzura que parecía desde luego prometer el perdón.

«No tengo, dijo, el envidiable privilegio de conceder perdón, pero estoy segura de que le obtendré de la

bondad del Virey. Hasta entonces tomo bajo mi protección á estos dos desgraciados. Quitadlos las cadenas, apagad esa horrible hoguera, que nunca se hubiese encendido si hubiera llegado antes á mi noticia este suceso.» A estas palabras todos los indios hicieron resonar el aire con los entusiastas gritos de «Viva la Vireina.» Xaragua confundido entre la multitud: «vivirá, sí, exclamó y se alejó despues. Ozama, postrándose de hinojos, «Poderoso Dios, dijo, concluye tu obra.» La Vireina invitó á Gualca y á Ozama á seguirle; les mandó que se colocasen al lado de su litera; y escoltados así volvieron al palacio rodeados de una inmensa muchedumbre que bendecía con entusiasmo la clemencia y beneficencia de la Vireina. De regreso en palacio fué colocada de nuevo en su cama, mandando no se separasen de cerca de ella el marido ni la muger. El movimiento, la agitación y la fatiga que habia sufrido, extinguieron sus fuerzas de modo que creyó llegada su última hora. Alargó su mano á Ozama, que postrada de rodillas la estrechó sobre su orozon y la bañó con sus lágrimas.

La Vireina deseosa de salvar á Ozama, habia enviado un correo para apresurar el regreso del Virey. Esperaba su llegada á cada momento, y estrañando ya su tardanza, estaba á punto de enviarle un nuevo mensajero, cuando oyó un ruido estraordinario en el patio del palacio. Eran gritos de alegría. Beatriz corrió á ver la causa; un instante despues percibió la Vireina la voz de D. Diego, mandando abrir la puerta, y diciendo: «Perdon, perdon á los culpables, eran nuestros salvadores!» y se precipitó en el cuarto. Despues de estas palabras el mismo Virey echó unos polvos en dos copas. Ozama bebió la primera y la Vireina recibió alegremente de su mano la medicinal bebida. Todos los circunstantes sintieron correr sus lágrimas. La Vireina, vuelta ya en sí por la influencia de la alegría y la esperanza, recibió con éstasis los tiernos abrazos de su marido, de Beatriz y de la afortunada Ozama: metió en su cama al pequeño hijo de Gualca y prometió ser para él en adelante una segunda madre. Beatriz y todas las señoras españolas rodearon á Ozama, no quedando satisfechas cuanto mas la miraban y admiraban. Beatriz, besó su mano con la mas profunda emoción, la benéfica mano á que habia acusado de haber cometido uno de los crímenes mas execrables. En medio del general entusiasmo el Virey tomó á Gualca y á Ozama de la mano, abrió la ventana, los condujo á un balcon que daba á una de las principales calles de la ciudad que estaba llena de españoles é indios.

«Ved aquí, dijo, presentando á Gualca y á Ozama, ved aquí las victimas voluntarias de la gratitud, del patriotismo y de la santidad del juramento. ¡Indios, sois libres! Sentimientos como los de estos dos esposos os hacen dignos de ser iguales á vuestros conquistadores. Fundad vuestra gloria en haber merecido serlo: vuestras virtudes os han dado la libertad. Amad á vuestro soberano, sedle fieles; se os darán campos; haced florecer el Arbol de la Salud, y mientras le cultivais, pensad que el mundo entero os deberá esa gran dádiva de la bondad del Criador».

Ozama y la Vireina se vieron pronto libres de ca-

lenturas; á los ocho días se hallaba ya esta convaleciente. En el mismo sitio donde habían visto con tanto horror la fatal hoguera mandó el Virey levantar un obelisco de mármol blanco en el que se grabaron con caracteres de oro estas palabras: «A Ozama, la amiga y la libertadora de la esposa del Virey y la bienhechora de su país.»

JOSÉ S. BIEDMA.

CAMOENS Y SUS RIMAS.

I.

Al construirse la nacionalidad portuguesa, al desgajarse del árbol ibérico la mas florida de sus ramas, Portugal, parece que ambos pueblos quisieron romper por completo sus relaciones, y levantar mas alta la barrera de las preocupaciones nacionales; de aqui el que hasta hace poco el rumor de la vida política y literaria de ese reino hermano, no pasase mas allá de las débiles fronteras que de nosotros le separan, manteniéndole completamente desconocido de sus vecinos. No era en verdad que un pobre rio separase ambos pueblos, como dice Byron, era, sí, el fatal, el inmenso desprecio con que ambos pueblos se miraban. Compréndese esto mas fácilmente, teniendo en cuenta que quizá no hay nacion alguna, en donde el espíritu de provincia esté mas marcado que en nuestra península. En su historia, en sus costumbres, en su dialecto y hasta en sus leyes, se descubre á cada paso el germen de esa especie de invencible inclinación á renacer los pueblos de esta monarquía, bajo el mismo aspecto que se fueron constituyendo. Si esto es un bien ó un mal para España, no es esta ocasion de decirlo; pero hacemos notar semejante fenómeno para que se comprendan en todo su valor, las diversas causas que hicieron de dos pueblos hermanos, dos pueblos extraños.

Pero sean ellas las que quieran, el hecho es que España y Portugal vivieron separados, siempre con opuestas alianzas, recelándose siempre, y por lo mismo avivando mas y mas el odio comun, sin que bastara á conseguirlo el trato que es consiguiente, ni aun en los pueblos fronterizos. Al contrario, los hubo que siendo de una misma raza, hablando casi el mismo idioma, fué allí el odio mas vivo, y por lo mismo marcaba de una manera indeleble la línea divisoria de ambas naciones.

Esta especie de lamentable apartamiento dió por resultado el que naturalmente se debía esperar, y preciso es confesarlo, España fué mas allá de lo que sus intereses y la prudencia aconsejaban. Hasta hace poco Portugal nos era desconocido por completo. Su historia, su literatura, su arte, su civilización en fin, eran ignorados; nada se hacia por destruir las vergonzosas barreras que nos separaban, nada por crear intereses mútuos, y mucho menos por fomentar una saludable y útil alianza entre ambos pueblos. Pero al fin, en estos tiempos en que todas las naciones tienden á ensanchar

la esfera de las alianzas, de pueblo á pueblo, un sentimiento de vivo amor se ha despertado entre España y Portugal, y creemos que cercano está el día en que los lazos de una fraternal union rompa para siempre, hasta donde sea dable, esas fronteras que intereses mal entendidos y funestos odios, se complacieron en hacer mas marcadas y mas intolerables.

Ocurrense estas reflexiones, porque al hablar de Camoens, uno de los mas grandes poetas de la península, nos hallamos con que, á pesar de que él es el escritor portugués mas conocido entre nosotros, no lo es tanto, sin embargo, que la generalidad no desconozca lo que son y lo que valen sus *Rimas varias*.

Efectivamente, Camoens, cuyo abuelo, poeta tambien, era natural de Galicia y descendiente de una antigua familia de aquel reino nobilísimo, habiendo logrado en España los honores de varias traducciones que le roban la frescura y el perfume de sus hermosísimos versos, Camoens es mas conocido entre nosotros como autor de *Los Lusíadas* que como poeta lírico. Sea que nuestros antepasados profesasen al poema épico una veneración religiosa y que por eso cayesen en lamentable olvido las *Rimas varias* del poeta lusitano, sea tambien que los extraños no mirasen estas con mas cariño que su propio autor, es lo cierto que mientras se saben de memoria cantos enteros del maravilloso poema, sus sonetos, sus églogas y sus letrillas, todas ellas llenas de una melancólica poesia, son casi desconocidas en España.

¿Es acaso que esas *Rimas varias* son inferiores en mérito á *Los Lusíadas*, y que el ilustre cantor de las armas lusitanas no se encuentre en ellas á la altura que en las preciosas octavas de su poema?

Esto es lo que vamos á examinar.

II.

El mérito del poema *Los Lusíadas* está universalmente reconocido, el poeta alcanzó con él la corona de la inmortalidad, sus admiradores no encuentran palabras con qué encarecerlo, y lo que es mejor todavia, las divinas páginas de Camoens merecen esa admiración: ¿qué falta, pues, á la gloria del poeta? El mundo conoce al autor por el poema, pero ¿dejaría acaso de ser conocido si no hubiera escrito aquellos inmortales cantos? Si, seguramente, y sin embargo, ¿que gran poeta no es Camoens en sus *Rimas varias*!

Petrarca, que sobrevivió por sus canciones y sonetos apenas puede comparársele con justicia. Vécele Camoens en la ternura y en lo sencillo de la frase; apenas se encuentra en él la afectación del poeta italiano, siente mas, en fin, y entre el poeta de Valclussé, y el cantor de las floridas riberas del Tajo, hay casi la misma distancia que entre la verdad y la ficción. ¿Cómo, pues, sus numerosos sonetos dulces y fáciles, no alcanzaron la misma fama que los del cantor de Laura? ¡Ah! Camoens habia tocado la meta sagrada, habia arribado al poema, lograra, como Dante, resumir en su divino libro las luchas y la gloria de una raza heroica, y por lo mismo, y para su pueblo, ¿qué libro mas grande podia presentar á su admiración? ¿Qué mas rico tesoro

podía confiar á su amor? Ninguno. Hé aquí, pues, por qué el poeta que en sus sonetos empieza

Eu cantarei de amor tao docemente
Por huns termos en si tao concertados, etc.
apenas es conocido fuera de Portugal; mas que por su poema maravilloso, ignorándose que en sus *Rimas varias* ha amontonado el poeta lusitano todas las dulzuras, todas las ternuras, toda la suavidad de que es susceptible el idioma en que están escritas.

El recorrió todos los géneros de la poesía, y en todos dejó trabajos inimitables; y si en sus dos comedias *Los Anfitriones*, y *Filodemo*, no va mas allá de lo que le permitía el arte dramático naciente, culpele á su país, en donde parecen espiar en el drama lo sobrado líricos que nacen los poetas portugueses; ejemplo de ello, ese mismo Almeida Garret, que en su *Fray Luis de Sousa*, y aun en su *Alfajeme de Santaren* no logra jamás interesar con sus pesados diálogos, á pesar de lo admirablemente escritos, á las imaginaciones acostumbradas á la viveza y brillo del drama español.

Recitanse entre nosotros á cada momento, aquellos versos de Zorrilla

Poeta, si en el no ser
Hay un recuerdo de ayer
Y una vida como aquí,
Detrás de ese firmamento
Conságrame un pensamiento
Como el que tengo de tí.

Y este mismo pensamiento admirable, ¡con qué dulzura no lo espresó tambien nuestro poeta en sus sonetos!

Alma minha gentil que te partiste
Taó cedo desta vida descontente,
Repousa lá no ceo eternamente
E viva eu cá na terra sempre triste
Se lá no asento Etherco, onde subsiste
Memoria desta vida se consente
Naó te esqueças de aquelle amor ardente
Que ja nos olhos meus taó puro vistes.

Pero concretémonos á nuestro objeto.

Los colectores de la edicion que tenemos á la vista, la de Hamburgo, una de las mejores y mas purgadas de yerros que se poseen, aseguran resueltamente que ante los sonetos de su poeta, *desapparece toda á caterva de sonetos que tem inundada Italia e Hespanha*.

Tomadas en sentido absoluto, algo aventurada nos parece semejante asercion; son efectivamente admirables los sonetos de Camoens, pero Góngora, Latorre y Rioja, en particular los dos primeros, pueden presentar los que esceden á los mejores de Camoens. No es este espíritu nacional, sino espíritu de justicia, y por lo mismo confesaremos además, con franqueza, que á nuestro modo de ver pocos poetas pueden presentar una colección de sonetos como los del poeta portugués.

Si fuéramos á insertar aquí los que nos parecen mejores, reproduciríamos casi todos, porque en todos ello se nota la misma fluidez, la misma dulzura, la misma melancolía. Un rayo de apacible tristeza los baña dulcemente, y es imposible que un alma que comprenda los misteriosos arcanos de la poesía, deje de amar unos versos que suenan tan suave y sonoramente.

¡Con cuánta verdad retrata en el siguiente soneto la tristeza del alma que se consuela con los recuerdos de un amor pasado!

Quando o sol encoberto vai mostrando
Ao mundo á luz quieta e duvidosa,
Ao longo de huma praia deleitosa
Vou na minha inimiga maginando.
Aqui a vi os cabelos concertando,
Alli co'a maó na face, taó formosa;
Aqui fallando alegre, alli cuidosa
Agora estando queda, agora andando.
Aqui estive sentada, alli me vio,
Ergendo aquelles olhos, taó isentos;
Commovida aqui hum pouco, alli segura
Aqui se enristeço, alli se rio;
E, en fin, nestes cansados pensamentos
Passo esta vida váa, que sempre dura.

La lira de Camoens, tanto en sus sonetos como en sus canciones y letrillas, parece que no tiene sino una cuerda, la del amor; el melancólico poeta, deja á cada paso exhalar su enamorado gemido, llora los desdenes de su dama, pregunta como el Petrarca, en qué jardines crecieron las rosas que hermocean el rostro de su amada, y en qué campos se cogieron las azucenas que tiñen aquella pálida frente, sobre la cual caen los rizos dorados de la Ninfa del Tajo; pero á veces su alma se reconcentra en si misma, y meditando en las amargas tribulaciones que rodearon su vida ¡la vida del gran poeta! escribe sonetos como el siguiente, en donde todo se halla reunido, forma y pensamiento.

¡Oh como se me alonga de anno en anno
A peregrinção cansada minha!
¡Como se encurta, e como ao fin caminha
Este meu breve e vaó discurso humano!
Mingoando a idade vai, crescendo o dano;
Perdeo-se-me hum remedio, que inda tinha:
Se por esperiencia se adivinha,
Qualquer grande esperança e grande engano.
Corro apoz este bem que naó se alcança;
No medio do caminho me fallece;
Mil veces caio, e perdo a confiança,
Quando elle foge eu tardo; e ta tardança,
Se os olhos ergo á ver si inda apparece,
Da vista se me perde, e da esperanza.

¡Qué triste melancolía! ¡Qué profundo sentimiento se encuentra en estos versos! Solo tiene igual su tranquilo desaliento en la severa gravedad del siguiente soneto al rey D. Juan III.

¿Quem jaz no graó sepulchro que descreve
Tao illustres signaes no forte escudo?
Ninguem; que nisso en fin se torna tudo:
Mais foi quem tudo podé e tudo teve.
¿Foi Rei? Fez tudo quanto á Ray se deve:
Poz na guerra e na paz de tudo estudo.
Mas quaó pedazo foi ao Mouro rudo
Tanto lhe seja agora á terra leve.

¿Se quiere mas grandeza? ¿Es posible que alguno vea en tales versos al poeta cortesano, y no al poeta nacional, al que cantó, todo lo grande, todo lo heroico!



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

todo lo glorioso que ha producido su patria? ¿No es este soneto digno de un gran rey, y digno del gran cantor lusitano? Lástima grande que los tercetos no correspondan en sublime severidad á los primeros versos, pues entonces ninguna nacion podia presentar un igual epitafio, pero piérdese en sutilezas de mal gusto, indignas del asunto y del poeta, y esto hace que la literatura portuguesa no pueda presentar semejantes versos como una obra maestra de arte y de genio.

Hemos dicho que á hacer mencion de los mejores sonetos de Camoens, nos veríamos obligados á trasladarlos casi todos; tanta es su belleza, pero no consintiendo la índole de este trabajo, los pasaremos en silencio. Sin embargo, haremos mencion de uno mas, que por estar en castellano, puede dar á aquellos de nuestros lectores que no posean el portugués, un ejemplo mas palpable de nuestros asertos. Camoens hizo bastantes versos en castellano, como muchos de sus compatriotas, y aun parece que quiso darle alguna preeminencia cuando en una de sus églogas dice:

Nota e vê, Umbrano
Quo bem que sóa o verso castellano.

y hé aquí cómo el cantor del Tajo, y de *Inés de Castro* manejó nuestro idioma, aunque á decir verdad y adelantando nuestro juicio en este asunto, Camoens, tan rico y rotundo en sus versos portugueses, no alcanza siempre á darles la misma gallardía y sonoridad cuando habla en castellano. Véase, sin embargo, un soneto, que nuestros mejores poetas no desdeñarían, y que en parte parece desmentir nuestro anterior juicio.

Las peñas retumbaban al gemido
Del misero zagal, que lamentaba
El dolor que á su alma lastimaba,
De un obstinado desamor nacido,
El mar, que las batía, su bramido
Con los retumbos dellas ayuntaba,
Confuso son el viento derramaba
En cavernosos valles repetido.
Responden á su llanto duras peñas
¡Ay de mí!—dijo—la mar brama y gime;
Los ecos sueñan de tristeza llenos:
Y tú por quien la muerte en mí se imprime,
De oír las ansias mías te desdeñas;
Y cuanto lloro mas te ablando menos.

III.

Que el ilustre cantor de *Los Lusíadas* era un gran poeta, superior á muchos que la mayoría tiene por tales, que manejó hábilmente y con la mayor fortuna todos los asuntos y todos los géneros, es cosa que hemos dicho ya y empezamos asimismo á probarlo.

Sonetos, canciones, letrillas, odas, el género bucólico, el piscatorio, el religioso, en todo puso mano con la misma inimitable soltura y poesía que en los cantos de su imperecedero poema, en todo imprimió la huella de su genio poderoso.

Si Camoens venció al Petrarca en sus sonetos, iguala á Góngora en sus fáciles y hermosas letrillas, en donde el poeta portugués campea en todo el lleno de su rica imaginación. La letrilla, esa composición viva, fácil, ingeniosa, propia solo de un pueblo poeta, esa

composición, en la cual la mayor parte de nuestros poetas dejaron muestras inimitables, por su gracia, por su sencillez, por su frescura, fué comprendida también por Camoens, de quien acabamos de hacer el mejor elogio, diciendo que iguala en este género á Góngora.

Efectivamente, Camoens hizo tantas letrillas casi como sonetos, y en ellas se muestra su musa tan flexible, tan graciosa, tan fácil y tierna, copia también el natural, es tan movable y fresca, que algunas tiene que son modelo al cual quizá no haya de llegarse jamás.

Sea que profesamos á este género de poesía, la mas popular despues del romance, una inclinación natural, sea que las letrillas del cantor lusitano, son en general lindisimas, es lo cierto que en ningun género de poesía despierta en nuestra alma mas simpatía hacia su afortunado autor. Los motes ó estribillos en particular rebosan poesía, algunos es verdad, segun el mismo poeta lo confiesa, están tomados de los cantos populares, pero ¿qué importa esto? El sorprender semejante tesoro en boca del campecino, y apropiarlo despues á nuevas creaciones es cosa mas difícil de lo que algunos creen, y pocos son los que aciertan: santa y deliciosa tarea en que se ha empleado en estos dias, nuestro inimitable, nuestro bien amado Trueba, con un talento poético al que pocos llegarán y no escedará ninguno.

Lo mismo que en los sonetos dudamos al escoger las letrillas que han de demostrar aquí la verdad de nuestras palabras. En este momento abrimos el volumen y leemos... Hé aquí una letrilla de Camoens.

Falso Cavalheiro ingrato
Enganais-me,
Vos diccis, que eu vos mato,
E vós matais-me.

Costumadas artes saó
Para enganar innocencias,
Piedosas apparencias
Sobre isento coraçaó.

Eu vos amo, e vós ingrato
Magonis-me,
Dizendo, que eu vos mato,
E vós matais-me.

Vede agora qual de nós
Anda mais perto do fim,
Que a justa faz-se en nim,
E o pregao diz que sois vóz.
Quando mais verdade trato
Levantais-me
Que vos desamo e vos mato,
E vós matais-me.

¿Puede darse mas sencillez, mas sentimiento, mas amor? ¿No competirá justamente con las mas célebres letrillas, esta que tantas dotes reúne? Pues bien, pasemos adelante. Camoens es un dulcísimo poeta, sus versos rebosan armonía y sencillez, es á la vez el poeta del sentimiento y el de la descripción, sin duda porque ambas dotes son inseparables, su musa es apacible como un vientecillo cuando canta el amor y la hermosura del campo, su descripción es á la vez que poética verdadera: ¡Ay! no podrá negarse jamás que en los si-

guientes versos se hallan reunidas á lo fácil y fluido de la versificación, una verdad y una gracia descriptiva que harían honor al mismo Baltasar de Alcázar.

Descalça vai para a fonte
Leonor pela verdura,
Vai fermosa, e não segura.

Leva na cabeça o pote.
O testo nas mãos de prata,
Cinta de fina escarlata,
Sainho de chamalote:
Traz a vasquinha de cote,
Mais branca que a neve pura;
Vai formosa e não segura.

Descobre a touca a garganta
Cabellos de ouro entrançado,
Fita de cōr d'encarnado
Tão linda que o mundo espanta:
Chove nella graza tanta
Que da graza a fermosura;
Vai formosa e não segura.

Puede asegurarse que si otras literaturas nos venen en lo profundo ó en lo delicado del pensamiento, que si saben espresar mejor que nosotros todo lo que es vago sentimiento y melancolía, que si los pueblos del Norte poseen el arte de arrancar de su sombría lira sonidos vagos y agrestes, y esparcir sobre las pálidas frentes de sus vírgenes, el perfume de rosas abiertas á un sol tibio, y el misterio de las nieblas de Morven, nosotros en cambio poseemos el don divino de animar con un rayo de fuego, nuestro sentimiento y nuestro amor. El eco de aquella vigorosa y serena poesía de que es padre el risueño Virgilio, y Horacio el maestro, se repite todavía en nuestros bosques y resuena en las llanuras. El hijo de Oriente nos dió sus amores, y del Lacio tenemos la claridad luminosa de su musa, nuestros poetas son los grandes hijos de la armonía, por eso la poesía peninsular es risueña y alegre, y su melancolía es mas cansancio y languidez que tristeza. Por eso mas fácil y mas rica de imaginación, sus versos parecen ondas que se suceden blandamente; podrán, es verdad, rodar sobre un árido y estéril cauce, pero siempre reflejarán en sus cristales el azul sin mancha del cielo que nos cubre. Decimos esto porque creemos imposible que oídos extranjeros puedan comprender el por qué leemos con especial placer estos versos que nos recuerdan la donosura de la canción de la *Vaquera de la Finojosa* de Santillana.

Aquella captiva,
Que me tee captivo
Porque nella vivo
Ja não quer que viva
Eu nunca vi rosa
En suaves mólhos
Que para meus olhos
Fosse mais formosa.

Nem no campo flores,
Nem no ceo estrelas,
Me parecen bellas
Como os meus amores.
Rostro singular

Olhos socegados
Pretos e cansados
Mais não de matar.

Para comprender la fuerza de espresion que encierran estos dos últimos versos, para saber lo que son esos *ojos negros y cansados* de que nos habla el poeta, es necesario haber nacido en aquellos suelos, en donde segun una enérgica frase *hierva la sangre*. Solo allí tambien pueden agradar versos que reciben de su fluidez, de su movilidad, el principal encanto. El pensamiento mas sencillo reina en la siguiente letrilla, cuyos versos, sin embargo, tan armoniosos suenan para oídos españoles.

Verdes são os campos
De cōr de limão;
Assi são os olhos
Do meu coração.

Campo, que t'estendes
Con verdura bella;
Ovelhas, que nella
Vosso pasto tendes;
D'hervas vos mantendes
Que traz o verao;
E eu das lembranças
Do meu coração.

Gados que pazeis
Con contentamento,
Vosso mantimento
Não não entendeis
Isso que comeis
Não são hervas. não;
São graça dos olhos
Do meu coração.

Hemos dicho que Camoens en sus letrillas iguala á nuestro Góngora, y efectivamente la sencillez, la gracia, la fácil armonía, los delicados pensamientos del poeta cordobés, suelen hallarse en el cantor lusitano. Hartas pruebas hemos aducido, despues de dar á conocer las anteriores letrillas; aunque no dejaremos de advertir aquí, adelantándonos, que por efecto del poco aprecio que hizo de sus poesías, ó como quieren los colectores de la edición de Hamburgo, porque se hayan viciado en sus diversas ediciones de una manera lastimosa, es lo cierto que en las *Rimas Varias*, no se echa de ver, la misma corrección en *Los Lusíadas*, en especial en algunas aunque pocas letrillas y odas, y en muchas de sus canciones.

IV.

Aseguran los colectores de la edición de Hamburgo que en las canciones, Camoens hace perder de vista á Petrarca, á Bembo, y á cuantos se han empleado en este género de poesía, aventurado juicio con el que no podemos estar de acuerdo, pues casualmente en ninguna ocasión se muestra el poeta mas desaliñado é incorrecto que en sus canciones. Si segun nuestro parecer el cantor lusitano vence en los sonetos al Petrarca

que fué el que mas gloria alcanzó por ellos, no sucede lo mismo en las canciones. Sin salir de la Península, canciones podríamos enseñar á los lectores, que sin ser las del divino Latorre, pueden sin embargo demostrarles cuanto les falta á las de su poeta para ser un modelo.

Sin que la justa fama de Camoens sufra en lo mas mínimo, bien podemos asegurar que es incorrecto muchas veces, en sus canciones, en sus odas, y aun en las elegias, y que un oído acostumbrado á la pureza de dición y á la armonía de nuestros clásicos, no puede menos de lastimarse con los versos agudos con que el poeta rompe á veces el encanto de una versificación fluida y sonora, lo mismo en las odas y en las canciones que en las elegias.

Camoens decae á cada paso en esta clase de composiciones, aunque sea á nuestro modo de ver, porque el poeta no ha puesto sin duda el mayor cuidado en ellas. Sin embargo, y á pesar de sus defectos, ¡con cuánto placer se leen aquellos versos! Cuando el poeta levanta su vuelo, vuelve á oírse acordes que solo él podía arrancar de aquella lira ceñida de laureles. Reunen á este encanto, negado á las medianías, el doble mérito de haber sido escritas en su mayor parte bajo la presión de sus amarguras. Su vida de desdichas se trasluce con toda su terrible pompa, en las estancias en que Camoens lloró sus desventuras, y las iniquidades de su tiempo. Su canción X será siempre un fiero grito de dolor, escapado á aquella alma superior tan terriblemente castigada con la mas dura de las justicias, con la mas amarga de las miserias. Fué su vida una larga peregrinación, y muchas veces desde las playas africanas debió suspirar por las floridas riberas del Tajo, en donde vió aquella Catalina de Athaide, de semblante sereno, de quien asegura que eran

Perolas dentes, e palavras ouro.

Tenemos en sus canciones admirables y enérgicas pinturas de las remotas tierras, en donde segun el poeta fué dejando su vida, y en donde sufrió todas las crueldades de la suerte. Cuanto se diga acerca de sus desdichas, nada llegará á lo que él mismo cuenta en su canción X.

Junto d'hum sêcco, duro, steril monte,
Inútil e despido, calvo, informe,
De naturaleza en tudo aborrecido;
Onde nem ave vòla, ou fera dorme.
Nem corre claro rio, ou ferve fonte,
Nem verde ramo fas doce ruido.

A este apartado y áspero lugar, fué á donde le llevó su *fiera ventura*, y de donde dice mas adelante:

Aqui nesta remota, áspera e dura
Parte do mundo, quiz que a vida breve
Tambem de si deixasse un breve espaço;
Porque ficasse a vida

Por o mundo em pedaços repartida.

Aqui me achei gostando huns tristes dias,
Tristes, forçados, maos e solitarios,
De trabalho, de dôr, e d'ira cheios:
Non tendo tão somente por contrarios
A vida, o sol ardente, as águas frias,
Os ares grossos, fervidos e feios
Mas os meus pensamentos...

En tan tristes lugares pasó algunos de los amargos dias de su vida.

De dores rodeada e de pezares,
Desamparada e descoberta a os tiros
Da soberba fortuna;
Soberba, inexoravel e importuna.

Não tinha parte donde se deitasse,
Nem esperança alguma, onde á cabeça
Hum pouco reclinasse, por descanso;
Tudo dor lhe era e causa que padeça,
Mas que pareça não, porque pasasse
O que quiz o destino nunca manso.
¡Oh qu' este irado mar gemendo a manso!
Estes ventos, da voz importunados,
Parece que se enfreião,
Somento o Ceo severo,
As estrelas e o fado sempre fero,
Com meu perpétuo damno se recreião;
Mostrando-se potentes e indignados
Contra hum corpo terreno,
Bicho da terra vil e tão pequeno.

Hemos dicho que Camoens en sus canciones y odas, no se halla á la misma altura que en los demás géneros, y esto se comprende muy bien, teniendo en cuenta que el cantor lusitano, acostumbrado á la descripción, que es verdaderamente el alma de los poemas épicos, no acertó á dar á las canciones su verdadero colorido, porque en estas composiciones debe campea sobre todo el sentimiento.

Lo mismo sucede con las odas, en donde en vano se busca aquella levantada frase, que constituye la mayor dote de nuestro Herrera, y que parece no debia estarle negada al gran cantor de las armas lusitanas. A poco que se lean sus odas, se ve que el poeta mas cerca de la descripción que del lirismo, tiene mas puntos de contacto con fray Luis de Leon que con Rioja y Herrera. Muchas veces hasta en el corte de las estancias y en el asunto, se parece al cantor de la *Noche serena*.

Su oda IX empieza

Fogen as neves frias
Dos altos montes quando reverdecem
As árvores sombrias;
As verdes hervas crescem
E o prado ameno de mil côres tecem:
Zephyro brando espira;
Suas settas amor afia agora;
Progne triste suspira,
E Philomena chora:
O ceo da fresca terra se namora.

Y en ella se leen estos versos que parecen escritos por aquel que buscaba en la *apartada vida*, un dulce asilo contra las iniquidades de los hombres.

Porque, en fin, tudo passa;
Não sabe o Tempo ter firmeza en nada;
E a nosa vida escassa
Foge tão apressada,
Que quando se começa he acabada.

.....
O bem que aqui se alcança

Não dura por passante, nem por forte:
Que a ben-aventurança
Duravel, de outra sorte,
Se ha de alcançar na vida para morte.

No es solamente en esta oda en donde se encuentran puntos de semejanza entre Camoens y nuestro fray Luis de Leon, pues entre otras, en la oda III leemos esta estancia, que bien pudiera creerse de este último.

¡Ai gostos fugitivos!
¡Ai gloria ja cabada e consumida!
¡Ai males tão esquivos!
¡Qual me deixais a vida!
¡Quam cheia de pesa! ¡Quão destruida!

(Se concluirá.)

MANUEL MURGUIA.

EL PALACIO DE CRISTAL DE 1862.

El nuevo palacio de la industria va saliendo, como salió el mundo, laboriosa y difícilmente del caos. Lo primero que descubre la vista de los excursionistas al Sur de Kensington, son sus enormes cúpulas á mil piés de distancia la una de la otra, y las cuales se elevan al cielo como dos gigantescos castillos pirotécnicos. Al contemplar uno estas torres no puede por menos de pensar en la de Babel y traer á la memoria la atrevida empresa de los titanes que osaron concebir la idea de escalar el cielo. Estas torres en forma de cúpulas como la de la catedral de San Pablo, son enteramente de hierro y cristal. La colocacion de algunas de sus piezas de hierro de sesenta toneladas de peso á la altura de doscientos piés, es una hazaña arquitectónica superior á la de asentar el obelisco de la plaza de la Concordia en París sobre su pedestal de granito.

Esfuerzos inmensos se están haciendo para concluir estas torres el 12 de febrero día en que deben entregar los contratistas Lucas y compañía el edificio terminado á los comisarios reales; pero á pesar de haber tenido que abandonar una de ellas á un nuevo contratista, se duda mucho que estén concluidas para dicha época. Tan grandes son las dificultades con que se lucha en su construccion.

La fachada principal de la parte del Sur está ya casi terminada, así como la gran nave cuyo techo ha sido cubierto.

La galería destinada á las pinturas está tambien muy próxima á su terminacion, y el terreno fangoso, lleno de escombros, maderage sin fin, herramientas, andamios, casucas de trabajadores, caballetes, piezas de hierro como costillas de enormes cetáceos, bastidores, ventanas, cristales sin número, y maquinaria bastante á volver loco á un Walt, se ha empezado á despejar y cubrir con el pavimento que debe contener

de algunos meses los primeros potentados de Europa y los prodigios mas raros de la industria del mundo.

El lado del Norte del cuadrángulo es el que se halla mas atrasado; pero se espera que se pondrá al nivel de los demás para fin de año.

El nuevo palacio de la Industria debe ser permanente, y está destinado á recibir los productos industriales de las futuras generaciones. Con este palacio, el jardin de horticultura, los deliciosos vergeles Kensington, el Museo, é Hyde Park, el occidente de esta metrópoli va á ser sin disputa el sitio mas encantador de Europa. La aristocracia que lo habita debe estar, pues, satisfecha, y las bellas amazonas inglesas podrán de hoy mas prolongar sus paseos á caballo por entre las siempre verdes y frondosas arboledas de Rotten Row hasta la nueva residencia de las hadas.

La comision encargada de distribuir el espacio para los esponentes, tiene en sus manos una obra que no desdenaría ejecutar el mismo Hércules en persona, ó mas bien, que el mismo destructor de los monstruos griegos no podria llevar á cabo con lucimiento. Esta pobre comision se halla en este momento bajo una terrible granizada de epistolas como no ha afligido jamás el arte de escribir á ninguna corporacion humana. Los epitetos ¡horror! ¡indignacion! ¡disgusto! ¡abominable, y engaño! caen sobre su cabeza con la misma rapidez y atropellamiento que las palabras agresivas de una mujer indignada y dominante sobre su victima.

No hay un industrial, maquinista ó productor, que no se crea con derecho á todo el terreno que pide. ¡Algunos de ellos han pedido un millon de piés cuadrados!!! El área de Lóndres no bastaria seguramente para satisfacerlos á todos. La comision se ha acostumbrado ya, sin embargo, á las voces, como los gorrones al trigo, y sigue su obra de esterminacion epistolar con la misma indiferencia con que pondria su planta destructora sobre un enjambre de hormigas.

Mas de ocho mil demandantes se han quedado como vulgarmente se dice, con tres palmos de narices. El mundo, además de ser estúpido, no sabe multiplicar. Lo primero se sabia antes que yo lo digera, pero lo segundo es un descubrimiento hecho por la comision encargada de distribuir el terreno destinado á los esponentes, tan original como el de la ley de la gravitacion universal por Newton.

Algunas demandas son verdaderamente escéntricas. Un individuo pedia espacio para colocar un libro de no sé cuantas toneladas de peso á la entrada del edificio, en el cual firmasen los doce millones de personas que se calcula visitarán la esposicion. Otro queria terreno para un inmenso aparato eléctrico, con objeto de iluminar con la luz eléctrica todo el edificio. Un tercero demandaba espacio para media docena de inmensas máquinas que descaba hacer funcionar y lanzar á escape por la mitad del área que cubre el palacio.

Bajo tales circunstancias, la tarea de la comision, disminuyendo las demandas de los unos, negando las de los otros, y recibiendo las quejas y las reconvencio-



nes de todos, no es por cierto muy agradable, que digamos.

Los edificios destinados á satisfacer las necesidades del estómago de los visitantes, se hallan también bastante avanzados, y han sido ya arrendados por tres millones de reales. Los contratistas son Sanders y Morrish, fondistas de Londres. Liverpool, Veillar y Martin, gastrónomos famosos de París.

Los objetos de la esposicion no se recibirán mas que hasta el 31 de marzo próximo, y la inauguración del gran certámen industrial, tendrá lugar infaliblemente el 1.º de mayo por la reina Victoria, el emperador francés y varios otros potentados europeos.

Las empresas de ferro-carriles están haciendo grandes preparativos para proveer á las necesidades de la exhibicion. Sus máquinas se calcula que no arrastrarán menos de doce millones de viajeros durante ella, y esta estadística regocija de antemano el ánimo de sus accionistas. ¡Quiera Dios que no ocurran accidentes! Hyde Park debe ser también profanado, y disturbado su tranquilo y hasta ahora apacibles soledades y poéticas alamedas, con una prosaica carretera. La necesidad es, sin embargo, apremiante, y el Palacio de Cristal es indispensable hacerlo accesible por el lado del Norte.

Si desgraciadamente estalla la guerra con los Estados-Unidos, como parece probable, la esposicion perderá una parte considerable de su concurrencia. Interrumpidas las comunicaciones entre América y Europa, pocos serian, aun fuera de la potencia beligerante, los que se aventurarían á cruzar bajo tales circunstancias el Atlántico.

Es de esperar, sin embargo, que la divina Providencia, librará á la humanidad de esta calamidad.

Londres 12 de diciembre de 1861.

J. S. BAZAN.

LOS INGLESES.

ESTUDIO SOBRE LA VIDA Y COSTÚMBRES

DEL PUEBLO BAJO DE LONDRES,

por

D. J. S. BAZAN.

POBRES Y CRIMINALES.—SUS GUARIDAS.—LA BAHÍA DEL TIGRE.

(Continuacion.)

III.

Los distritos habitados por el pueblo bajo de Londres, se hallan situados principalmente en Drury-lane, Grays'inn-lane, Foxcourt, Clerkenwell, Westminster, Spitafield, Whitechapel y Holborn. Pero las calles mas inmorales é infames son las de San Giles, Westworth, Whitechapel, Holywell y Foxcourt.

Como el vicio y la inmoralidad, el pueblo bajo de Londres,—y entiéndase bien que no incluyo en esta categoria á los artesanos honrados ni á las otras clases pobres que viven por medios legítimos,—el pueblo bajo de Londres está, digo, distribuido por todas las localidades de esta metrópoli; pero las que dejo mencionadas son ocupadas por él como tierra de conquista que le pertenece de derecho, y de las cuales sería difícil desalojarlo.

Recientemente ha hecho una nueva adquisicion, ó mas bien anexionándose como se dice en política, una provincia habitada hasta ahora por gentes con nociones un tanto mas justas sobre la significacion de los pronombres posesivos *tuyo y mio*. El nuevo territorio se llama Bahía del Tigre. Este nombre feroz está, sin embargo, en armonía perfecta con la localidad que lo lleva. Su situacion es al Oriente de Londres, y sus habitantes participan hasta cierto punto de la astucia salvaje y las fieras costumbres del rey de los bosques de Bengala. La policía se aventura con dificultad y raras veces, en esta espantosa region, en la cual hace poco fué mortalmente herido, uno de sus bravos y celosos agentes.

Como perteneciente no hace mucho tiempo á una vecindad honrada, la Bahía del Tigre presenta al observador pocos de los distintivos característicos exteriores de los otros focos de inmoralidad y crímenes que existen en Londres. Nada hay en ella de pintoresco ú romántico, horrible ó grotesco, digno de la pluma de Dickens ó Victor Hugo; y el que la visita queda un tanto desconcertado, como me sucedió á mí al ir á estudiarla por primera vez. Su aspecto no es el de la abyecta pobreza y suciedad de San Giles; ni el de la pobretería hedionda y punzante de Westminster; ni el de las guaridas de los rateros y vagabundos de Holborn; ni tampoco el de los ántros de los avezados criminales, ladrones y asesinos de Whitechapel, los docks, y otros distritos situados al Este del puente de Londres. En ella no hay callejuelas estrechas y sin salida, ni casas negras, solitarias é inaccesibles, escepto para sus habitantes; nada de esto halla el observador en la Bahía del Tigre. El aspecto de sus casas es, no obstante, pobre y sucio; y la calle bautizada con tan deshonesto alias, presenta la misma apariencia que presentaba Tetuan cuando se posesionaron de la ciudad santa los heroicos soldados españoles. Pero sus nuevos moradores, lejos de remover, como nuestras tropas, las inmundicias de tres siglos, han removido de Frederic-street, (el verdadero nombre de la calle) la civilizacion de trescientos años.

«¡Cuánta no sería nuestra humildad, dice el *London Review* del 20 de julio último, si descendiéramos de la cumbre de la montaña en que estamos colocados y contempláramos la choza del pobre y las guaridas del pueblo bajo de Londres, en vez de considerar la vida, el hombre y la naturaleza, desde tan panorámico y elevado punto de vista! El microscopio social no dejaría entonces de ilustrarnos sobre la condicion real del pueblo inglés, ni de mostrarnos cuál es la parte que á este se ha dado, ó que él ha tomado, si es que le ha cabido

alguna, de los triunfos de la civilización. ¿No es verdad que existen en nuestro cristiano y civilizado país millones de criaturas que, respecto de los beneficios conferidos por la civilización, se hallan en la misma condición que si hubieran nacido en tierras bárbaras é infieles?

Esta pregunta no la hago yo; la hace un periódico ilustrado de Londres, en la actualidad misma, y en medio de los que podrían contestarla en la negativa si no fuera verdadera la condición que del pueblo bajo de Londres revela el párrafo precedente. Yo he querido copiar este párrafo, como copiaré otros de escritos mas autorizados todavía, para que sirva de contestación á aquellos á quienes parezcan increíbles ó exageradas mis descripciones y revelaciones.

Al hallarse en medio de la Bahía del Tigre, el estudiante de costumbres se siente aguijoneado por el mismo deseo de correr que Deerfoot ó el judío errante. Nunca puede experimentar mas soltura y ligereza en las piernas que al visitar este distrito. En ninguna otra época de su vida es posible que tropiece con tan mala y peligrosa compañía. Al recorrer la Bahía del Tigre cree uno perder á cada paso el pañuelo ó el reloj, el camino ó la bolsa, el paletot ó la vida.

Mujeres perdidas, desgrefiadas, súcias, haraposas, medio borrachas, ó embriagadas del todo, agresivas é insolentes; hombres que se hallan á punto de ir á presidio ó que acaban de cumplir su condena; que retozan ó arman camorras con ellas, y miran al extranjero decente que por allí pasa como á un animal extraviado en sus regiones; avezados criminales que echan á uno miradas amenazadoras, y le hacen llevar instintivamente la mano al revolver (pues en tales sitios es peligroso aventurarse desarmado) y apresurar el paso; prostitutas descocadas en las ventanas, acompañadas por sus infames chulos, que fuman en mugrientas pipas, se proponen á actos indecentes en público, gritan, votan, blasfeman y se espresan en un lenguaje la menos ofensiva, de cuyas palabras no podría yo trasladar aquí sin manchar este libro.

Un enjambre de muchachos andrajosos, súcios, sin calcetas ni zapatos, desfigurados por la abyecta miseria y el precoz vicio, revolcándose en el lodo como cerdos, pidiendo limosna con una mano y buscando el bolsillo del transeunte con la otra, completan el cuadro que presenta de día á la vista del observador la Bahía del Tigre.

La escena cambia por la noche. Las mujeres abandonan los andrajos, se pintan la cara, se atavian tan vulgar y lujosamente como pueden, y se lanzan á la calle á buscar sus presas. Estas lo son generalmente los pobres é inespertos marineros, que despues de haber agenciado á fuerza de trabajos y peligros algunas libras esterlinas en un largo y azaroso viaje á la India, la China, la Australia ó la América, van incautamente á dejárselas robar, con la ropa algunas veces, con la libertad á menudo, y siempre con la salud, á la Bahía del Tigre. ¡Ah! ¡Cuánto se horrorizaría el mundo si fuera posible descubrir á la luz del medio día los misteriosos asesinatos, los robos, y las iniquidades y abominaciones que se cometen en las tinieblas de la no-

che en este y los otros distritos del mismo género que desfiguran esta magnífica Babilonia!

Algunas veces los chulos de estas prostitutas inmundas, las mas abyectas de Londres, encuentran como suele decirse, un tártaro entre los marineros sus víctimas. Cuando la cerveza, esa horrible lepra del pueblo inglés, no ha ofuscado de todo su razón, estos declinan dejarse robar impunemente. Los chulos salen entonces á la defensa de sus queridas, y el distrito resuena con el escándalo y la espantosa camorra que se arma. Los combatientes, que por fortuna usan raras veces de cuchillos ó pistolas, se apoderan de las armas de la chimenea; las luces son apagadas, derribadas las mesas, rotas las ventanas, y arrojados á la calle en la refriega las sillas, las botellas, los platos, los cacharros, y otros objetos domésticos en medio de horribles maldiciones, infernales blasfemias, y palabras obscenas é inicuas, hasta que acude la policía y restablece el orden público en tan diabólico caos.

Aludiendo á una de estas escenas descritas recientemente en uno de los tribunales ingleses, el periódico citado decia en su número 59, correspondiente al último agosto, lo siguiente:

«El que no haya presenciado estas escenas, es absolutamente imposible que pueda formarse una idea de la espantosa suma de vicios y depravación que existe en ese foco de crímenes llamado Bahía del Tigre. Estos vicios van contaminando de una manera lenta, pero segura, á los industrioses habitantes que la rodean. Seria de desear, por lo tanto, que en obsequio del laborioso artesano, su virtuosa esposa y sus inocentes hijos, se adoptasen medidas eficaces y activas para desterrar este escándalo de entre nosotros. En la constitución actual de la sociedad, nunca faltará un hogar á la prostitución, el crimen y la disipación; pero debe impedirse por lo menos, que contaminen estos vicios con su maldita presencia las localidades que han elegido para sus moradas los trabajadores honrados, y en las cuales eran desconocidas hasta ahora las cautelosas pisadas del ladrón y las risotadas de la borracha prostituta.»

Fox-court, en Holborn, está habitado exclusivamente por ladrones y rateros. Esta localidad es quizás y sin quizás la mas abyecta de todo Londres. El gobierno, la policía, los habitantes de esta metrópoli, todo el mundo lo sabe. Los escritores la denuncian; los críticos señalan el cáncer, hacen enérgicos llamamientos á la conveniencia pública, á la religión, á la caridad, á la filantropía, á la decencia, al interés mismo de la sociedad que lo abriga en su seno, é indican al mismo tiempo el remedio que puede curarlo. Pero el cáncer no se estirpa, la gangrena no se corta, el escándalo se perpetúa, y el cuerpo social sigue corrompiéndose, y el aire es infestado con sus miasmas deletéreos, y la sociedad deshonrada con una mancha que un solo esfuerzo bastaría para lavar.

¿Es incompatible la libertad individual con la esterpiación de este cáncer? ¿Está convencido el gobierno inglés de que, como el mal físico, es incurable también el mal moral de las sociedades humanas? ¿Confía por ventura, su disminución á la acción particular y

los progresos de la civilización? Yo creo, sin embargo, después de haber considerado bien la cuestión, que no hace lo que podría y debería hacer para mitigar, por lo menos, este lamentable estado de cosas; y mi opinión es participada por casi todos los hombres eminentes que se han ocupado de la materia.

La policía sabe perfectamente que los habitantes de Fox court forman una asociación pública y notoria de ladrones y rateros; pero las leyes inglesas no le permiten poner sobre ella la mano mientras no turben sus ocios el orden público, ó sean cogidos en flagrante delito; y el mal no tiene remedio. ¿No es esto verdaderamente desconsolador para el filósofo social?

Otra tribu de estos beduinos de la civilización tiene fijados sus reales en Westminster, y una tercera en Whitechapel. En estos distritos hay tabernas y casas establecidas espresamente para comprar los productos del robo y la rapiña de sus habitantes. Los que hacen buenos negocios, viven bien y comen y beben y derrochan largamente; pero los rateros ayunan con frecuencia y lo pasan algunas veces muy mal. Estos *pickpockets*, como aquí se llaman, son á menudo echados á la calle de sus guaridas por la noche, con objeto de que roben lo suficiente para pagar la comida y la cama. Los muy jóvenes son tratados brutalmente, de palabras y de obras, por los dueños de aquellas, cuando después de varias escursiones en busca de lo ajeno vuelven con las manos vacías. La enseñanza que en una tal escuela reciben estas pobres criaturas de ambos sexos, mezcladas las unas con las otras en las mismas habitaciones, y con el ejemplo ante los ojos de tantos vicios y abominaciones, pueden fácilmente imaginarla mis lectores.

Esta extrema abyección y miseria y criminalidad del pueblo bajo de Londres, no existe sin embargo en las aristocráticas regiones del Mest-Eud. En cuanto á moralidad, esto es otra cosa. La inmoralidad y los vicios no presentan en ellas un aspecto tan repugnante; pero un sepulcro pintado, no deja por eso de encerrar en su seno un cadáver en disolución.

«Entre belgrave Road y la Abadía de Wetsminster, *La Quarterly Review* de abril último, hay enclavada una región, á la cual puede decirse, sin exageración, que no sobrepujan en bajeza, ni igualan en la profundidad del abismo de su degradación, nada de lo que existe en Clerkenwell y Shoredith. En derredor del hospital de Chelsea, como en la gran parroquia aristocrática de Kensington hay manzanas enteras de edificios en que no osa entrar jamás ninguna mujer respetable como no sea con una misión de caridad. Los puntos mas hermosos de esta metrópoli no son en muchos casos mas que las mamparas que ocultan á la vista del observador superficial la incurable corrupción que florece detrás de ellas. ¡Qué abismos de iniquidad y vergüenza no rodean á Portman Square, Montagne Square, Hannover Square, Grosvenor Square, y San James, Square! Todo el que tema ponerse en contacto con el vicio, debe abstenerse de penetrar en la nueva región de Belgravia, y de sondear mas allá de las caballerizas que desembocan en

los Squares de Eaton, Chester, Eccleston, y Warwick.»

Esto no quiere decir, sin embargo, que la aristocracia inglesa, de la cual no es mi intención ocuparme por ahora, sea una clase desmoralizada y corrompida. En las anteriores líneas *La Quarterly Review* se propone relevar simplemente el hecho de haber invadido el vicio regiones que, bajo tan repugnantes formas por lo menos, parecían á él inaccesibles, y en las cuales ocupa ya manzanas enteras de casas!

¡A cuántas tristes reflexiones no da lugar un tan deplorable estado de cosas! ¡Qué humillación para la dignidad humana! ¡Cuán fuertemente se presentan á la memoria y la imaginación las profundas verdades que encierran los siguientes versos del melancólico Young, al contemplar bajo este aspecto la sociedad y la vida!

«Una pequeña parte de la tierra
El hombre habita; el resto está desierto.
Rocas, mares helados, arenales,
Ardientes ántros de monstruosas sierras,
Y venenosos piélagos de muerte:
Tal es de nuestro globo el triste mapa.
Pero mas triste, reflexion mas triste,
Es la de que ese mapa de la tierra
Es del hombre la imagen verdadera.
Tan unidos están todos sus goces
Al imperio del mal, donde las penas,
Y los padecimientos, las pasiones,
Le acosan, y le muerden y atormentan;
Y en que calamidades espantosas
De sus vitales partes se apoderan,
Y uniéndose á la muerte lo devoran.»

Londres 17 de diciembre de 1861.

J. S. BAZAN.

(Se continuará.)

EL BALSAMO DE LAS PENAS.

NOVELA ORIGINAL

POR DOÑA ÁNGELA GRASSI.

(Continuación.)

Genoveva presentó los dos viajeros á su padre y á sus huéspedes. Gámbara midió al pobre Claudio de alto abajo con una mirada burlona. Nicasio no hizo mas movimiento que ponerse los quevedos; pero esto lo hizo por costumbre. Al instante se repuso, se levantó, y dió cordialmente la mano á aquel hombre honrado, cuyas virtudes comprendía y respetaba.

En cuanto á Mendoza y Eugenio, los recibieron con verdaderas muestras de aprecio, pero otra persona se alegró aun mas de su llegada, y esta fué la señora.

Cándida nunca había renunciado á su proyecto; lejos de eso cada dia se iba aferrando á él, y podemos decir en su honor, que lo que al principio fué cálculo y capricho, había pasado ya casi á ser una pasión.

Cándida nunca había sabido lo que era amor en la acepción espiritual de esta palabra, porque los sentimientos delicado

no se solían albergar en su corazón; pero á su modo anhelaba producir efecto sobre aquel hombre; á causa tal vez de su misma indiferencia. Tal vez este deseo no pasaba de ser un capricho de su amor propio; pero no por eso era menos fogoso y exigente. Llegaba á tal extremo, que hasta le hacia olvidar la boda de Genoveva, que era el constante norte de todos sus esfuerzos.

Así, pues, al ver al joven que hizo mil arrumacos, le mandó sentar á su lado, y le dirigió miradas capaces de inflamar el monte de San Bernardo, si el joven no hubiese tenido para ella mas hielo que todo el que se amontona sobre aquellas empinadas crestas.

Afortunadamente para él, Eugenio le invitó á que le acompañara á la ciudad, en donde tenia que practicar varias diligencias.

Claudio halló á su bienhechor como siempre, amable, franco, espiritual; pero ligero y aturdido. Esto tal vez consistía únicamente, en que la desdicha habia aprisionado la inteligencia de Claudio en un estrecho círculo de ideas y sentimientos, dando una indecible fijeza á su pensamiento mientras el de su amigo halagado por una acogida brillante y una felicidad inalterable, divagaba sobre todos los objetos sin fijarse en ninguno.

Cuando volvieron á la casa de recreo, ya se habia puesto el sol, y la sala baja estaba llena de jóvenes, amigos de Genoveva, que los esperaban para ir á dar un paseo por las orillas del mar.

Claudio fué de la partida, á pesar de las exigentes miradas de Cándida, que tuvo que quedarse, mal su grado, con Mendoza y Nicolás.

La noche estaba hermosa. Allí como en Madrid, Eugenio se divirtió con todas, ó mas bien, todas se divirtieron con él, porque era el niño mimado de las bellas, y mas de una vez la pobre Genoveva se halló á solas con el olvidado Claudio. Y entonces, ¡cuántas amistosas confidencias, cuántos suspiros exhalados candidamente del pecho de la joven, iban á sepultarse en el palpitante corazón de su amigo!

Claudio tenia muchas cosas que contar de sus pasadas amarguras.

Al principio sentia una desconocida emocion al lado de Genoveva, casi la temia. Así junto á ella se sentia embargado por el respeto, y solo pronunciaba palabras entrecortadas; pero la joven le escuchaba con tan bondadoso interés, que pronto se estableció entre ambos la mas dulce y expansiva intimidad.

También Genoveva tenia penas que confiar, ¿qué corazón no las tiene? H blábale de su pasión escepcional en casa de su padre en donde era solo un mueble de lujo ó un juguete, del indiferente desden del autor de su existencia, de su resignación en transigir con aquella mujer grosera, que aunque con misterio, era la absoluta dueña de su casa. Contóle el anterior mal estado de su salud, el fatal pronóstico de los médicos, y su milagrosa curación, debida al influjo de sus benéficas palabras. Díjole que la noche en que fué á entregar la mitad de su paga á la mujer Gámbara, ella se hallaba en la alcoba, y fué testigo de su generosa acción.

Claudio vió con loco júbilo que hacia mucho tiempo no era un extraño para aquella mujer generosa, y tributó mil fervientes gracias á la Providencia por tan inmenso beneficio.

Genoveva tenia razón al decir que hay almas hermanas, que se buscan instintivamente, y se estremecen de un indefinible júbilo en el acto de encontrarse. Cada alma tiene su semejante ó, mas bien, su complemento. ¡Ay de ellas si se encuentran tarde! Apenas Claudio enunciaba una idea, cuando Genoveva se sonreía, porque era la misma idea que germinaba en su mente.

Unos eran sus deseos, unos sus gustos y sus aspiraciones. Genoveva nunca habia hallado á nadie que la comprendiera también, que adivinase también sus pensamientos, y le parecía que el alma de Claudio formaba parte indivisible de la suya. Y se hallaba tan contenta á su lado, que ella, tan grave, tan reconcentrada, dejaba escapar sin saberlo uno á uno todos los secretos encerrados durante tantos años en lo mas profundo de su corazón.

Además, tal vez era una exageración desentimientos, pero envidiaba á Claudio esas largas noches pasadas en vela para comprar papel á su hermanito, ó para hacer un regalo á su vieja abuela.

Envidiaba la sonrisa de gratitud que le habrían dado en cambio de su sacrificio aquellos queridos seres, á quienes, por un instante habia conseguido hacer olvidar su desdicha, y la pobre joven, cuya alma estaba formada de abnegación y de ternura, lloraba amargamente cuando le oía referir estas pequeñas monadas de la vida.

Pero esto aumentaba hacia él su estimación y su cariño. Su estimación, porque le veía cada vez mas digno de ella; su cariño, porque estaba orgullosa de poder resarcir con su amistoso afecto los desdenes de la suerte. Cuando volvieron á la casa, ya no existía entre ellos ningún secreto.

Los dos hermanos ocuparon un lindo cuartito, cuyas ventanas daban al mar.

—Sabes, le dijo Nicolás mientras se desnudaba, que otra vez, aunque sea arrastrando, he de ir contigo á paseo?

—¿Te has fastidiado mucho?

—Sí, mucho, á causa de esa vieja loca que no me ha dejado en paz un solo instante. Empeñada en tratarme como á un niño, en darme golosinas, y en querer saber si tú amas á alguno. Yo la he dicho que sí, y que ibas á casarte muy en breve.

—¿Y por qué la has dicho eso?

—Porque conocía que la haria rabiar.

—Pero es comprometerme, Nicolás, ¡has hecho mal, muy mal!

—¡No temas, ha jurado guardarme el secreto!

—¡Tanto peor!

—¡Si vieras que historia tan curiosa la he contado! ¡Cuánto me he reído á costa suya, al ver sus gestos y contorsiones!

—Nicolás, exclamó Claudio con profundo disgusto; has hecho mal, y te ruego que mañana procures deshacer el enredo que has forjado.

—¿Quieres que te cuente la historia?

—No, no quiero saberla.

—Pero al menos mirarás este dibujo, que hacia sobre mis rodillas, en tanto que se la contaba.

Y el travieso niño puso delante de los ojos de su hermano una graciosa caricatura de Cándida, tan chistosa, que Claudio no pudo menos de sonreírse.

Nicolás le echó los brazos al cuello, y exclamó con alegría.

—¡Me has perdonado! ¡Además, no es un mal tan grande! ¡Una pequeña mentira que no tiene consecuencias! Solo que tú, como eres un filósofo tan grave, te alarmas con cualquier cosa.

—Bien, te lo perdono; pero enmienda tu locura.

—Ya verás como lo hago.

Y el niño se acurrucó riendo debajo de las sábanas.

Pero, aun no habia acabado de dormirse su hermano, cuando se levantó, como pudo encendió luz y se puso á dibujar rápidamente. La llama del génio parecia formar una aureola sobre su frente, y su mirada despedía rayos de entusiasmo é inteligencia.

Al día siguiente, cuando Claudio se dirigió al comedor,

vió á los criados reunidos en grupos, hablando en voz baja y con ademán misterioso.

Durante el almuerzo se cruzaban también miradas de inteligencia entre los comensales, y Claudio observó que el blanco de todas era Cándida, sentada magestuosamente á su lado.

Llevaba un vestido blanco y una escofieta azul celeste en la cabeza. Parecía haber querido rivalizar con Genoveva, que llevaba casi el mismo traje.

En verdad que estaba bien ridícula, pero todos debían haberse acostumbrado á verla, porque la víspera iba vestida con la misma extravagancia.

Cuando se levantaron, Eugenio lo llevó á un lado.

—¡Qué diablura, le dijo riendo, cómo habeis permitido que hiciese eso!

—¡El qué!

—Es una obra chispeante de gracia y de génio, vuestro hermano será un gran pintor!

—¿Pero de qué se trata?

—¡Fingis conmigo!

—Os juro que lo ignoro.

Eugenio sacó á medias una caricatura. En primer término estaba Cándida con su vestido blanco y su escofieta azul, la cual tiraba de los faldones del frac á un hombre, que mas bien parecía un hilo, segun lo delgado que estaba, y por último Mendoza, llevando en una bandeja los ornamentos de un animal bravío.

¡Pero qué intencion en las posturas, qué toque en los coloridos! ¡qué verdad en el conjunto!

—¡Mi hermano ha hecho esto! pero ¿cómo puede haberlo hecho? ¿qué sabe él de estas cosas?

—¡Chist! dijo Eugenio; esta mañana han aparecido veinte copias de esto, pegadas en todas las puertas.

—¡Mi hermano no puede andar!

—¡Uno de los criados ha estado en el secreto, y además mirad!

Eugenio le señaló con el dedo á Nicolás, que andaba solo, aunque con mucho trabajo, por el jardín.

—¡Bendito Dios! milagro! exclamó Claudio con los ojos inundados de lágrimas.

—Hemos arrancado todos los que hemos podido! ¡Si ella llega á saberlo estais perdido!

—¿Y el señor de Mendoza?

—¡Mendoza es mas razonable, y si os lo he de decir en confianza, no se enojaria de que le reemplazarais!

—¡Plegue á Dios que nó! exclamó Claudio riéndose y abanzándose al jardín.

Era tanta su alegría, al ver la mejora del pobre Nicolás, que no tuvo valor para reírle.

—Era preciso castigarla de algun modo, dijo el niño con suficiencia, y siento que ella no haya llegado á contemplar su retrato.

La llegada de Genoveva, que daba el brazo á Nicasio, puso fin á su conversacion. Gámbara venia detrás de ellos, tronchando con su bastoncito de junco los resmeros de los árboles.

Sentáronse los tres debajo de un emparrado. Nicasio siguió su conversacion con el notario. Genoveva guardaba silencio. Claudio y su hermano, ocultos entre un grupo de árboles, no fueron vistos, y era tal la repugnancia que sentia el primero de hallarse cara á cara con el notario, que retuvo hasta el aliento.

—Si señor, decia Gámbara con voz campanuda: lo que decis no está bien dicho, y un escritor público debe morigerar las costumbres en vez de pervertirlas. ¡La caridad y la religion son las primeras virtudes de los pueblos, los lazos de familia son los lazos que unen entre sí á todos los hombres!

De la postergacion del matrimonio surgen todos nuestros males, y la desmoralizacion es una de sus mas precisas consecuencias. Aquí donde me veis, yo he sacrificado todos mis mas caros intereses al bien de la humanidad.

Yo soy el fundador de una multitud de asociaciones benéficas, y por mi influjo se han reconciliado los individuos de muchas familias...

—¿Habeis dado también á vuestra esposa los alimentos que con tal justicia reclamaba? preguntó Genoveva con impaciencia.

Gámbara se puso pálido; pero continuó con una perfecta sangre fria dirigiéndose á Nicasio:

—¡Creedme, habeis cometido una ligereza publicando ese artículo sobre el matrimonio!...

—Todos los periódicos se han apresurado á copiarlo.

—Prueba mas lo que digo.

—Es que el señor, repuso Genoveva con la misma impaciencia, en su calidad de notario, quiere que haya muchos casamientos para poder embrollarlos...

—No embrollaré el de vuestro padre, señorita, dijo Gámbara sonriendo. Luego prosiguió con indiferencia: En fin, tomad ó dejad mi consejo; haced lo que mejor os plazca. Lo que importa es que inserteis en las columnas de vuestro periódico ese anuncio de la agencia matrimonial, y encarezcáis hasta lo infinito las ventajas que puede producir en nuestra sociedad desmoralizada y casi destruida, por esa fatal é injusta aversion al matrimonio, que destruye por completo la familia.

Nicasio miró fijamente al notario, y pareció querer descubrir el secreto que encerraban sus palabras.

Por fin, dijo con negligencia.

—¿Sabeis que mi periódico es el que tiene mas suscritores en España y en el extranjero?

—Lo sé: dijo Gámbara con firmeza y sosteniendo la escrutadora mirada del escritor.

—¿Sabeis que si no de hecho, soy de derecho el amo del periódico, y que si yo digo no, os cierra sus columnas?

—Vos lo repetis á cada instante, y yo lo creo; dijo Gámbara con punzante ironía.

—Ahora bien: el periódico es ministerial, prosiguió Nicasio en voz baja, y el gobierno no deja de atender á sus consejos. Lo que vos quereis es una autorizacion superior para plantear vuestra beneficosa agencia, y si es posible hacer que la reina se declare su protectora. Con estos alicientes convocareis á los socios, los cuales no dejarán de acudir en gran número porque en esta época en que todo el mundo es pobre, todos tienen, sin embargo, bastante dinero de sobra para no saber que hacerse con él, y regalarlo cándidamente á los que quieran explotarlos... Es decir, que las pomposas palabras que habeis pronunciado antes, encubren una magnífica especulacion.

—Tal vez, sí, dijo Gámbara en voz baja.

—Voy á concluir, tened paciencia, repuso Nicasio sonriendo. Entre dos que se unen para realizar una especulacion, hay comunidad de ganancias é intereses.

—Muy diestro sois, señor mio, dijo Gámbara con forzada sonrisa.

—Nada mas sencillo: cada uno vende su mercancía como puede ó como quiere. He concluido. Si persistis en la misma idea, mañana verá la luz pública vuestro anuncio, y espero que no quedareis descontento: si no, tan amigos como antes y laus deo!

—Sea, dijo Gámbara estrechando la mano del escritor.

—Pero ved, añadió éste, nuestros negocios mercantiles han fastidiado á la hermosa Genoveva. ¡Mas poética y mas meditabunda, se ha alejado de nosotros, para entablar con esa pálida rosa un misterioso diálogo en voz baja!

En efecto, Genoveva se había alejado algunos pasos, y se ocupaba en arrancar las hojas secas que robaban á un rosa su lozanía.

—Es sin duda una imperdonable descortesía, repuso Nicasio, al llegar cerca de la jóven, hablar de negocios delante de una dama.

—Sois mis huéspedes, dijo Genoveva, y anhelo que goceis en mi casa de una libertad completa. Además, confieso de buena fé que vuestra conversacion me disgustaba. Para ese público que devora con avidez el periódico ó la novela que le cautiva, el escritor es un venerable sacerdote, que solo se acerca al ara consagrada, con las manos puras y el corazón limpio de toda mancha... Eco de la opinion pública, su voz es casi tan sagrada como la voz de Dios, y el pueblo la escucha con tanto recogimiento y respeto, como los antiguos las palabras proféticas del oráculo de Delfos. Ahora bien: ¡yo formo parte de ese honrado público, y no quiero acercarme al ídolo, porque temo hallar ceno en vez de oro!

—Vuestra poética imaginacion os estravia, señorita, dijo Nicasio con frialdad. El escritor es un hombre como otro cualquiera, que necesita comer, vestir, y gozar: su industria es tambien como otra cualquiera industria. Trueca su emborronado papel por armoniosa plata. Ahora bien, si al hábil diamantista se le presenta un estravagante que quiera hacer montar sus diamantes de un modo contrario á las reglas y al buen gusto, el artista se somete contra su conciencia con tal de recibir en cambio un buen puñado de oro.

—Pero perjudica solo á su buen nombre, mientras el escritor lleva la confusion y el veneno á todas las clases de la sociedad, y sus palabras imprudentes pueden causar la ruina de su patria! ¡Ah caballero, si hay tormentos insoportable, en la otra vida, sin duda estarán reservados á los escritores venales que estravian la opinion pública y pervierten los ánimos crédulos y sencillos!

—Por esto, añadió Genoveva, dejando su tono solemne, y con una fina sonrisa: si fuera posible que las mujeres llegasen al poder y yo gobernase al Estado, daría una providencia que me parece sábia.

—¿Quitaríais la libertad de imprenta?

—Nada de eso: prohibiría que nadie pudiese dirigir su voz al público antes de haber cumplido enarenta años, y que el hacerlo no fuera una carrera, sino una prerogativa honorífica del talento y del estudio, un medio, en fin, de consolidar su fama, y no un medio de adquirir dinero. Ved ahora: ¿quiénes son los autores de todos esos escritos que deben dar una prudente direccion á las pasiones populares? ¡Imberbes adolescentes, sin esperiencia, que nada han visto de la vida, que solo saben por tradicion lo que producen los cataclismos sociales! Todos emprenden su carrera de periodistas antes de empezar su cuarto lustro, y al espirar el quinto, ya han conseguido un empleo, y se retiran. ¿Os parece que la barca social puede dejar de zozobrar, confiada siempre á tan hábiles pilotos?

—Veo que haceis honor á vuestro maestro, dijo Nicasio vivamente ofendido, pero el severo Claudio, vejetará siempre en la oscuridad y la miseria. No es que yo no lo venero: confieso á mi pesar que hay en él cierta cosa que me inspira deferencia y respeto, pero os respondo que no hará mas que vejetar!

—Pero vejetará honrado, y podrá dormir tranquilo el sueño eterno! exclamó Genoveva con calor. ¡Bendita sea su oscuridad que le permite vivir en paz consigo mismo, y no labrar la desventura agena!

—¡El mundo le graduará de necio!

—¡Las personas que le amen, bendecirán su nombre!

—¡Claudio tiene ingenio y no genio! ¡Lo hace todo por estudio; nada por inspiracion! exclamó Nicasio vivamente picado.

—Es que hay muchos que toman por inspiracion el desorden de la fantasía. El genio no está divorciado del saber... ¡Claudio será algun día la gloria de su patria!

El escritor herido en su amor propio con aquellas palabras que parecian una ilusion, se sonrió con ironía.

—Reid cuanto querais, repuso Genoveva, tiene sensibilidad y honradez, tiene delicadeza de pensamientos, y una imaginacion impresionable. Sus escritos conmueven el corazón, y subyugan la mente. ¡Ojalá conserve la fé y la perseverancia!

—¡Blas con mucho calor del pobre Claudio, y si no fuera tan horriblemente feo, os aseguro que el porvenir de Eugenio me inspiraría serios temores, dijo Gámbara que anhelaba vengarse de sus anteriores sarcasmos.

Genoveva se turbó y no pudo ocultar su turbacion.

—Somos incapaces de dar publicidad á un secreto, añadió el notario con su acostumbrada acritud, pero creo que efectivamente hemos descubierto uno. ¡Ah! ¡ah! ¡Claudio escritor, y aun no servia para miserable copista...!

—No: exclamó Genoveva ya repuesta de su emocion, porque cuando la desesperacion destroza el alma, la mano tiembla y la vista se nubla... Sé esa historia, Gámbara, tambien como la de vuestra esposa.

—Vais á hacer ahora mi panegirico, como habeis hecho el de Nicasio?

—¡No: vos sois un hombre como hay muchos: un tipo muy general en nuestra época, pero los males que podeis producir nunca serán de tanta trascendencia, porque la multitud os conoce y sabe á qué atenerse!

—¡Crecia que unos labios de rosa, dijo Nicasio, no podrían pronunciar palabras tan duras!

Genoveva se turbó de nuevo. En su generosa indignacion habia ido mas allá de lo que habia pensado.

—¡Tencisrazon, me he escudido! dijo con nobleza. ¡Olvidaba que soy mujer y estoy en mi casa! pero porque habeis particularizado la cuestion, yo hablaba en tésis general.

Por fortuna Eugenio llegó en aquel instante.

—¡Venid, Genoveva, dijo, venid á ser el ángel de paz que tranquilice todos los ánimos! La señora está furiosa... Ha caído en sus manos una de esas malhadadas caricaturas. Rompe todos los muebles, y amenaza poner fuego á la casa... ¡Venid!

Genoveva le siguió apresuradamente.

Gámbara y Nicasio le imitaron.

—¿Que hacia entre tanto el pobre Claudio?

Estaba escondido detrás del follaje, y tapaba la boca de su hermano que le decia con angustia:

—¿No es verdad, Claudio, que Genoveva no te quiere? ¿No es verdad que no te quiere? ¡Dímelo!... ¡Repítemelo por Dios!... ¡Cómo se enrojecian sus mejillas al hablar de tí! ¡Cómo brillaban sus ojos! ¡Hay, dime que no te quiere!

—¡Estás loco, niño! balbuceó Claudio, ¿qué te importa?

—¡Dime que no! ¡Oh! ¡dime que no, hermano mio!

—Mira, dijo Claudio con voz ahogada, señalando el disco del sol, ¿ves ese bello astro que ilumina la tierra? ¡Crees que sería posible que se enamorase de esa humilde flor escondida entre la grama! Pues yo soy la flor, hermano, y el sol es Genoveva.

Nicolás suspiró, y dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Ambos permanecieron mucho tiempo tristes y silenciosos; luego Claudio pasó su brazo al redor del cuerpo de su hermano y lo arrastró suavemente consigo hacia la casa.

CAPITULO VI.

Cuando Genoveva llegó al sitio en donde se hallaban Cándida y su padre, creyó que la primera se habia vuelto loca, tan violento era el acceso de su cólera. En aquel instante,

exigía que los dos jóvenes fuesen echados de la casa, y la indignaba la ténue resistencia que Mendoza oponía á sus deseos.

Por fortuna, Genoveva acudió en auxilio de su padre, y, cosa extraña! ella tan dulce, tan sumisa siempre, tomó con tal energía la defensa de los dos hermanos, y demostró la inconveniencia de tomar un partido violento, en unos términos tan absolutos, que su padre puesto en un horrible conflicto entre la que había dirigido todas sus acciones y su hija no supo qué resolver.

Cándida, fuera de sí al hallar de repente coartados sus deseos por una voluntad de hierro, temiendo verse pospuesta á aquella á quien hasta entonces había tratado como una niña, salió del aposento como una loca, cerrando tras sí la puerta.

—Vamos, hija mía, retírate, dijo Mendoza á Genoveva, tienes razón; acaban de llegar, invitados por nosotros, y no es justo que los despida. ¡Esa ha sido una travesura de niño, sin ninguna consecuencia! Vamos, no se hable mas de esto. Cándida es buena en el fondo: ya se calmará. Idos, amigos míos, deseo estar solo. Vos no, Nicasio, tengo que hablaros.

Todos se retiraron menos el escritor.

—Quiero que me ayudeis á apaciguar á esa mujer, dijo. Es preciso que vaya á verla, y si fuera solo, tendríamos una escena.

¡Válgame Dios! Yo que las aborrezco tanto. ¡Ay vos no sabéis cuán pesadas son estas cadenas que se forjan en los primeros años de la vida, creyendo poder romperlas cuando se quiera, y luego nos anonadan, nos sujetan con una invencible fuerza! Vos no sabéis cuantas pesadumbres me ha costado ese lazo, que yo formé riendo, sin saber cuán penoso debía serme con el tiempo, y las funestas consecuencias que traeis necesariamente consigo, ¡Mirad! una de ellas es la precisión que tengo de tratar á Gámbara, y aun obsequiarle á pesar mío.

Sobre ser favorito suyo, es el que anduvo en el negocio de las dos casas que la cedí, y por lo tanto podría revelar á mi hija, cosas, que no deseo que sepa.

Estoy deseando que Genoveva se case por no verla sufrir el despotismo de esa mujer grosera, y temo quedarme solo, sí, lo temo, porque su yugo vá á ser insoportable.

¡En fin, vamos á verla! vamos apaciguarla. Esto no dejará de costarme muy caro; pero como ha de ser, ¡paciencia! Vos sois elocuente y resuelto y me ayudareis en mi empresa.

Ambos se dirigieron al aposento de Cándida, y no les costó poco trabajo hacer que esta les abriese la puerta.

No sé de que medios se valdría Mendoza para apaciguarla, pero á la hora de comer, la señora fué á ocupar su asiento á la derecha de Claudio, con toda la magestad de una reina.

Pasóse un mes volando, como pasan siempre los días dichosos.

Nicolás estaba enteramente desconocido. Los baños y el aire del campo le habían casi curado completamente: casi parecía haber crecido, haberse desarrollado. Genoveva al contemplarle tan bello, tan ágil, sonreía de orgullo, como sonreía una madre al contemplar la gallardía de su hijo.

Pero la murmuración nada perdona. Sus desvelos por Nicolás, sus atenciones hacia Claudio, habían robustecido las malignas observaciones lanzadas por Gámbara, y eran comentadas escrupulosamente todas sus miradas y sus palabras.

Eugenio era el único que de nada se apercibía.

En cuanto á la señora, había llevado su magnanimidad hasta olvidar completamente la malhadada caricatura, y tampoco parecía comprender las medias palabras de los dos mal-dicientes huéspedes.

Genoveva, si las oía las despreciaba; pero Claudio con su

excesiva y pundonorosa delicadeza, procuraba huir de ella, y no prestar ni la mas leve arma á la calumnia.

Además, una tercera persona, como si todos se conjurasen para robarle su átomo de dicha, se había interpuesto entre él y Genoveva.

Esta persona era Nicolás. Aunque contaba apenas diez y siete años, su poco desarrollo físico había acrecentado su desarrollo moral, y el niño sentía ya todas las arrebatadas pasiones del hombre.

Se había convertido en la sombra, en el perro de Genoveva.

Con la inocencia de su tierna edad, con la impetuosidad de su carácter, salvaba todas las consideraciones sociales, y donde iba la joven, allí iba Nicolás á reclinarse á sus plantas.

Genoveva sonreía á todas sus exigencias, y perdonaba todos sus caprichos. Ya lo he dicho, le amaba como una madre ama á su hijo enfermo, y además le amaba también porque era hermano de Claudio, porque cada confidencia del niño, la iniciaba en un secreto de la vida de su amigo.

Pero el carácter de Nicolás no la agradaba tanto como el de su hermano. El primero era turbulento, apasionado, enérgico, capaz de abandonarse hasta el delirio; el del segundo, todo serenidad, todo abnegación, todo dulzura. El primero estaba templado para las pasiones borrascosas; el segundo para las pasiones suaves, melancólicas y eternas.

Genoveva que se revelaba contra el indiferentismo de Eugenio, se identificaba con Claudio, pero sucumbía ante Nicolás.

Así, cuando por la noche, la decía con tono profundamente conmovido:

—Mañana me llevareis al bosque: yo tomaré vistas, y luego os cogeré ramos de flores.

Genoveva que le quería entrañablemente, sentía decirle que no, porque se ponía triste y cabizbajo, y acababa siempre por darle gusto.

Cuando volvían del campo, Nicolás se sentaba á sus pies, y reproducía con su pincel mil y mil veces su imagen, ó la recitaba con inmutado fuego alguna poesía amorosa.

El mas celoso amante no era mas celoso que Nicolás, y se ponía meditabundo y sombrío, con solo que cualquiera dirigiese la palabra á Genoveva. Rara era, pues, la ocasión en que Claudio podía entretenerse como antes con ella.

Además, la Señora le dispensaba muy á menudo el favor de elegirle para su caballero, y el pobre joven tenía que acompañarla á dar algunas interminables vueltas por el jardín.

Cándida entonces multiplicaba sus arrumacos, quería balbucear alguna frase altisonante, pero se embrollaba, y Claudio necesitaba poner en juego toda su gravedad para no contener la risa.

Otras veces la acompañaba á misa, y tenía que ir cargado con su sombrilla, su libro de oraciones y su perrito faldero, y por remate oír tres interminables misas, que la señora asistía, sin duda, para tranquilizar su conciencia algún tanto recargada.

Una noche, sin embargo, Nicolás se había retirado temprano á su aposento por hallarse algo indispuerto. Cándida hacia su partida de ecarté á Mendoza. Gámbara y Nicasio estaban en la ciudad. Genoveva parecía dormir reclinada en el sofá, y Eugenio hablaba con Claudio junto al afeizar de una ventana. Eran las nueve.

Eugenio amante de la sociedad y del bullicio, se fastidiaba horriblemente en medio de aquella calma desusada.

Dejó á Claudio y fué á sentarse al lado de Genoveva.

—¿Dormís? le preguntó.

—No, estaba distraída, respondió la joven sonriendo.

—¿Cómo no han venido vuestras amigas?

Genoveva fijó en él una mirada de reproche; Eugenio la comprendió.

—Quiero que vengan, porque nos distraen, dijo aturdidamente.

Genoveva suspiró, pensando que al lado de la persona amada, el alma no necesita distracciones. Eugenio había querido remediar su imprudencia, y había empeorado la cuestión.

—¡Dos horas de aquí á las once! repuso con tono dolorido; ¡qué largas van á ser, Dios mío! Si inventásemos algo... ¡Vamos á dar un paseo por el mar!... ¡Sí, sí, magnífica idea!... ¡Somos tres!... ¡Vamos!...

Claudio se estremeció de alegría al oír esta proposición: Genoveva adivinó por el brillo de sus ojos, cuáles eran sus deseos, y tendió la mano á Eugenio.

Al cabo de un cuarto de hora, ya bogaban por el mar, que parecían un reluciente espejo, en una ligera barquichuela. Costeaban la orilla, y los árboles medio desgajados de las gigantescas peñas, cubrían la barquilla con un dosel de verdura, y la llenaban de armonías y de perfumes.

Pero poco á poco se fueron alejando. La noche era poética, el cielo ostentaba su purísimo azul, tachonado de estrellas, mientras en el Oriente asomaba el pálido disco de la luna, arrojando delante de sí una estela blanquecina. El mar estaba en calma, las olas se deslizaban unas encima de otras, y parecían besar mas bien que azotar la frágil quilla. El aura agitaba apenas la vela, y sus suspiros eran tan suaves, que apenas se distinguían entre el blando murmullo de las olas. Era la hora de la misteriosa germinación de las plantas con las flores, era la hora en que todos los seres de la creación se confundían en un plácido deliquio de amor, y este nombre sublime parecía oírse vagamente repetido por todos los ecos de la naturaleza, parecía que un divino fuego, iluminaba el cielo y el mar, los montes y la campiña.

Eugenio remaba, y se acompañaba al compás de los remos una melodiosa barcarola. Claudio y Genoveva estaban sentados al lado opuesto, uno junto á otro, fijos los ojos de ámbos en la bóveda del cielo.

Bogaron largo tiempo.

Por fin, Claudio dejó escapar un suspiro, y murmuró en voz baja:

—¡Ay, si pudiese morir ahora!

Genoveva pareció despertar de un profundo sueño. Se incorporó vivamente, y se inclinó sobre él.

Claudio estaba tan pálido como la luna, y por su megilla resbalaba una lágrima.

—¿Qué teneis? exclamó la joven con inquietud.

—¡Oh, soy muy dichoso! balbuceó Claudio con voz trémula.

—¿Y llorais?

El joven dejó caer le cabeza sobre el pecho. Genoveva le cogió la mano.

—¡Ay! ¿qué es lo que pasó en sus almas en aquel instante? ¡Por las venas de ambas corría fuego, y al hallarse en contacto, estalló dentro de sus corazones una abrasadora hoguera!

¿Era acaso la primera vez que se habían visto? ¿Era acaso la primera vez que se habían hablado? No, pero había llegado el momento de la revelación; á la mágica y súbita luz del amor, acababan de descubrir que sus dos almas no formaban mas que un alma, que la una era la mitad, el complemento de la otra, que estaban fuertemente unidas, y que solo podía desunirlas la muerte!

¡Al hacer aquel descubrimiento, ambos experimentaron una alegría celeste, una felicidad sin nombre, y luego una desesperación tan amarga como la de los condenados que vis-

lumbra las delicias del cielo, y luego son precipitados en el caos oscuro é insondable!

Genoveva se levantó rápidamente, y fué á colocarse al lado de Eugenio.

Eugenio seguía cantando.

Genoveva quiso reconcentrar en él toda su atención, y una fuerza invencible la obligaba á separar los ojos de su bello rostro para fijarlos en el de Claudio. ¿Qué atracción tan singular podía tener aquel semblante ajado y descolorido, aquella frente pálida, aquellos ojos pequeños, empañados por el llanto? Misterios son estos, que solo pueden explicarse por la instrucción del alma.

Y las estrellas rodaban mas silenciosamente por el cielo; la brisa era cada vez mas quejumbrosa, mas apagados los murmullos de las aguas.

Parecía que todos los ecos de la naturaleza saludaban en voz baja el nacimiento de aquel tristísimo, pero inextinguible amor, que podía haberles hecho comprender las alegrías de los ángeles, pero que iba á labrar el tormento de su vida.

Bogaron largo rato, cuando desembarcaron en la orilla, Genoveva cojió con un movimiento convulsivo el brazo de Eugenio y se dirigió con él á la quinta. Claudio siguió detrás con silencio.

La noche era cada vez mas apacible. Las flores mas felices que el Rey de la creación, seguían confundiendo sus perfumes, los pajarillos mezclaban sus gorjeos, el aura respondía á los quejidos de la amante fuente. Todo era entorno amor y poesía. Eugenio murmuraba por lo bajo el estribillo de su canción, y tronchaba al pasar las ramas salientes de los árboles.

—Oid, dijo de pronto dirigiéndose á Claudio, sé que continuáis escribiendo y que teneis muchas obras concluidas, voy á fundar un periódico literario, á mi regreso á Madrid, y vos sereis mi colaborador, casi otro yo, porque me ayudareis en todo.

Claudio se estremeció de alegría, porque el ser director de un periódico, era el sueño de su vida.

—Tendremos también un pequeño té literario, porque quiero que mi Genoveva brille por su talento como merece, y sea conocida de todos mis amigos, que lo son los mejores poetas de la corte. En nuestras reuniones se examinarán las producciones que hayan de tener cabida en el periódico, y así este, podrá ser una cosa escogida, y sobrepasará á todos os que se publican. ¿Os conviene esto, amigo mío?

—Ojalá que mis conocimientos pudiesen seros de alguna utilidad, murmuró Claudio en voz baja.

—Yo creo que me sucederá con la literatura como con el inglés, que tuve que cederos la discípula.

—Sois demasiado modesto Eugenio, y en aquella ocasión fuisteis excesivamente bueno para mí.

—Bien, bien, dejemos esto, quedamos convenidos. A mi regreso me confiareis el fruto de vuestras vigiliass y entre los dos veremos lo que se puede hacer.

Llegaban á la casa.

Los tres se separaron.

Cuando Genoveva tocó con sus rosados dedos la mano de Claudio, ambos se estremecieron y experimentaron una sensación indefinible.

—Eugenio, tengo que hablaros, dijo Genoveva con tono solemne, así que estuvieron solos; padre aun está jugando. Entremos en el salón y oidme.

—Aun no somos esposos, dijo la joven con voz temblorosa, así que Eugenio se hubo sentado á su lado; aun no somos esposos y os debo la verdad toda entera. Nuestro matrimonio lo es de cálculo y de razón de estado; vos me estimáis, pero no me amáis. Si os retiro mi mano hallareis mil jóvenes mas bellas, mas ricas, mas interesantes que yo que os tiendan la su-

ya. Mi negativa no causará ningún perjuicio, á vuestra alma ni á vuestros intereses. Para vos el matrimonio es una cosa frívola; necesitáis antes que todo del mundo y sus placeres, yo vivo con la vida íntima, con la vida del corazón. Sois bueno, noble, generoso, y no obstante vuestra alma no fraterniza con la mía; sin embargo, hay un abismo entre los dos. ¡No seríamos dichosos! No os amo: solo siento hacia vos una estimación sin límites; pero una estimación de hermana. No temáis: no ofenderé vuestro orgullo entregando mi corazón á otro, el amor no debe existir para mí. No seré esposa de nadie; pero tampoco lo seré vuestra, Eugenio, porque mi lealtad así lo ordena... Hace algunos días mi corazón aun estaba mudo, ahora ha hablado y he debido revelároslo. Pueda mi franqueza borrar todo resentimiento de vuestra parte, y perdonarme la pequeña pena que debe causaros nuestro rompimiento.

Genoveva al suponer que Eugenio no la amaba, se equivocaba completamente, por el contrario este amor era la única cosa seria que había en la vida del joven, solo que así como cada rostro tiene su expresión, cada alma tiene su modo de sentir y de expresar su sentimiento.

—Eugenio era ligero, se fastidiaba pronto de las cosas, aborrecía la vida tranquila y uniforme, es cierto, pero aquel amor puro y digno, aquel amor que debía ser consolidado por el matrimonio, había echado profundas raíces en su corazón y formaba ya parte de su vida.

Quedó pálido, mudo, anonadado.

No sentía herido su amor propio, sino destrozado su corazón.

Hundió la frente en sus dos manos, y prorrumpió en sollozos.

—¡Hermano! exclamó Genoveva vivamente conmovida.

Eugenio no respondió. ¿Qué podía decir después de aquella brusca declaración? Había perdido el amor de la joven, y bien conocía su carácter, bien sabía que esta no obraba así por coquetería ni por despecho.

—¡Perdon! ¡hermano! murmuró por lo bajo Genoveva.

—Teneis razón, exclamó Eugenio con voz ahogada, yo solo soy culpable de cuanto me sucede. Yo he sido ligero, negligente; ¡ay! confiaba demasiado en mi ventura. Adios Genoveva, me retiro, necesito tranquilizarme... estoy aturdido... Adios! pensad! solo que os perdono, y deseo que seáis tan dichosa como yo hubiera querido haceros...

Eugenio se levantó, y cruzó el salón tambaleándose. Parecía que estaba ebrio.

—¡Oh Dios mío! murmuró Genoveva con angustia ¡no sabía que me amase tanto! ¡Es la primer pena que causo! ¡ah! por qué no he sabido imponer silencio á mi rebelde corazón! ¡Amo sin ser amada! amo sin esperanza, porque él jamás compartirá este fuego en que me abraso.

Así pensaba la pobre Genoveva, y tampoco pensaba bien, porque en el cuarto de los dos hermanos, pasaba otra escena tan triste como la que acababa de tener lugar en aquel sitio.

—Mañana partiré, decía Claudio al separarse de ella, lo debo hacer, lo quiero. ¡Ah! no es que espere ser amado, no, pero es un delito en mí, clavar los ojos llenos de amor en la esposa de mi amigo. Esta sola idea es un espantoso crimen, y partiré mañana, aunque deba espirar en el camino.

Absorto en tan tristes pensamientos, experimentando á la vez una secreta alegría cuya causa ignoraba, y una amarga pesadumbre, entró en su estancia y buscó á su hermano para participarle su irrevocable resolución.

Nicolás estaba asomado á la ventana.

Acercóse á él de puntillas, cubrióle, jugando los ojos con las manos y las retiró lanzando un grito de angustia y de sorpresa.

Sus manos se habían humedecido con las lágrimas que inundaban el rostro de su hermano.

Claudio levantó la cabeza de Nicolás, y la apoyó sobre su corazón.

—¿Por qué lloras? le preguntó con ansiedad.

El niño guardó silencio.

—¿Por qué lloras? dímelo, necesito saberlo. ¡No soy ya tu querido hermano! ¡no poseo ya tu confianza y tu cariño! ¡Habla, habla! en nombre de nuestra madre, ¡habla!

—¿Amas á Genoveva? balbuceó el niño en voz baja.

Claudio se estremeció.

—¡Eres amado de ella! repuso Nicolás con impaciencia.

—¡Es esto acaso posible! exclamó Claudio con tristeza.

—Sí, sí, prosiguió el niño, sí, ella te ama. ¡Qué es lo que buscan sus ojos cuando yo estoy á su lado y tu estás lejos! ¡Por qué tiembla su mano dentro de la mía, cuando tu te acercas! ¡Por qué se colorean sus mejillas al oír tu acento! ¡Y ahora mismo; allí en el momento de separaros, sus miradas brillaban de un modo inusitado, y las fijó sobre tí con una expresión de ternura capaz de hacer olvidar á un condenado todos los tormentos del infierno!

—¿Pero tu estás loco, Nicolás? exclamó Claudio con las mejillas encendidas; ¿no sabes que Genoveva es la prometida esposa de Eugenio nuestro bienhechor?

—¡Pero yo quiero que lo sea mía! Yo seré pintor, yo le ofreceré una corona de laurel, y obtendré su mano.

—¡Niño! exclamó Claudio con doloroso transporte, ¿qué sabes tu de esas cosas!

—¿Qué sé! ¡sé que sufro de una manera horrible! ¡sé que tengo unos celos espantosos! ¡sé que daría mi vida, cien vidas que tuviera por una sola mirada de Genoveva!

—¡Pero ese deseo es una villanía! ¿y Eugenio?

—Eugenio ni la ama ni es amado de ella! ¡No, Genoveva no le ama! bien lo sé, ¡bien me lo dicen los latidos de mi corazón!

Hubo un momento de silencio.

—¡Hermano! dijo por fin Claudio con tono solemne, mañana partiremos.

Nicolás se volvió fuera de sí.

—¡No! ¡yo no! murmuró con voz sorda, muerto tal vez, vivo nunca.

—¡Nicolás, me asustas!

—La seguiré por todas partes como un perro, y cuando ella me eche de su lado, entonces...

—Y bien entonces... preguntó Claudio con espanto.

—¡Oh, replicó el niño friamente, el Campo santo es grande allí hay cabida para todos!

Claudio lanzó un grito, y se arrojó en los brazos de su hermano.

—Y nuestra madre! exclamó dulcemente, niño, tú no te acuerdas de tu madre, de tu vieja abuela, de tu tierna hermana.

Mañana nos alejaremos de aquí... volveremos á nuestra casita, donde reina una tranquila calma... ¡Allí volveremos á ser dichosos! ¡Quieres, hermano; quieres!

—Ah! dijo Nicolás con triste acento, crees que yo era dichoso allí; crees que yo estaba tranquilo... ¡Mentira, todo ¡mentira!

Yo soñaba, deseaba, era como Tántalo que se esfuerza en vano por alcanzar el fruto apetecido... ¡Pero mis miembros se plegaban cuando quería ejercer el menor acto de mi voluntad; yo era débil, impotente...! ahora soy un hombre como tú, como Eugenio, y quiero, y será lo que yo quiera.

—Nicolás eres muy joven... reemplazarás tu sueño con otro sueño. ¡Sígueme! olvida tu estancia aquí... Genoveva te dobla la edad. Genoveva es rica, bella, adulada... y sobre todo, Nicolás, Genoveva, no se pertenece así misma.

—Me gusta la lucha, exclamó el niño con energía salvaje. Cuando el trueno hace retremblar el universo, cuando el rayo

hiende las nubes, me gusta contemplar su fulgor y desafiarle
—¡Oh hermano, hermano! exclamó Claudio con voz doliente, no juegues con el rayo que puede reducirte á polvo! Piensa en tu madre, en tu abuela, mírame á tus pies, por ella te lo pido.

Nicolás tenía una voluntad de hierro, cuando empezó á blanquear la aurora. Claudio aun estaba de rodillas delante de su hermano, y solo recibía por respuesta á sus súplicas y á sus lágrimas, un inflexible no, que le desgarraba el alma.

—¡Basta! dijo por fin Nicolás con los ojos centelleantes. Veo que tú tienes el alma muy pobre para amar á Genoveva... ¡Pues bien, déjame que luche y vete...vete, tu presencia me causa horribles celos!

—Nicolás, dijo Claudio exasperado, no olvides que soy tu hermano mayor y tengo derecho para mandarte.

El niño levantó la cabeza. La espresion de su mirada, era como la que debió tener Luzbel al desafiar á su Creador.

Pero se reprimió.

—Mira, repuso con dulce tono, pongamos la cuestion en su verdadero lugar...Supongamos que Genoveva te ame...No te estremezas, lo supongo. Tú no quieres ni puebes faltar á Eugenio, y labrar lo que tu crees la desdicha de esa jóven...Debes hacer mas: debes rechazar su corazon si ella te lo ofreciera, debes quitarle toda esperanza de ser correspondida... Tu delicadeza te lo manda...Ese es tu deber...Quieres retirarte, y tú mismo lo has dicho estás resuelto á hacerlo... pero yo no tengo los mismos motivos que tú para respetar á tu bienhechor; yo, lo confieso, no poseo tu exajerada delicadeza, á mi me gusta la lucha, déjame luchar...¡me quedo!

—¡Y si en nombre de mi madre, te mandara que desistieras de tan loco empeño! exclamó Claudio con tono solemne.

—¡Ah, pues bien entonces, dijo Nicolás con fria calma, todo se acabaria.

Y se dirigió á la ventana, la abrió de par en par, y quiso arrojarle por ella.

Una resolucion muy firme debió leerse en su mirada, por que Claudio se abalanzó hácia él, y le arrastró llorando hasta en medio del aposento.

Es verdad que Nicolás había sido siempre el niño mimado, y Claudio tenía un alma toda abnegacion, toda ternura.

Largo rato estuvieron silenciosos llorando el uno al lado del otro.

—Hermano, dijo por fin el niño, has dicho que me amabas, ¿serias capaz de probarlo ahora? En la inteligencia de que si rechazas mi súplica, mi pobre madre no volverá abrazará al mas pequeño de sus hijos.

—Veamos qué quieres que haga, respondió Claudio con tristeza.

—Júrame marcharte hoy mismo, y no contradecir á nada de cuanto yo diga. ¡Y si lo haces, yo me restableceré completamente, seré un pintor célebre, me casaré con Genoveva, y haré dichosas á mi madre y á mi hermana! ¿Quieres, no es verdad? ¡Lo estoy leyendo en tus miradas! gracias Claudio, gracias, ¡Recuérdalo bien, debes quitar toda esperanza á Genoveva, debes ser bastante generoso para detenerla á la boca del abismo, si ella intentase precipitarse en él...Pues bien, yo me encargo de hacerlo, y reconciliándote con tu propia conciencia, alcanzo mi felicidad...No me desmientas, déjame hacer, es preciso por tu bien, por el suyo, por el mio Claudio!

Y el niño corrió á sentarse sobre las rodillas de su hermano, le echó los brazos al cuello y le cubrió de besos. Parecia volverse loco. Claudio le prometió cuanto quiso.

Cuando los dos hermanos entraron en el comedor, la familia de Mendoza acababa de almorzar.

Claudio estaba muy pálido.

—Señor, dijo con voz temblorosa dirigiéndose á su principal hace ya mas de un mes que estoy aquí, y tanto mi delicade-

za, como mi cariño hácia mi familia, me llaman á Madrid. Acabo de recibir una carta de mi madre, en que me ruega que apresure mi regreso. La abuela está algo enferma, nos echa de menos...Con vuestro permiso, voy á tomar ahora mismo los billetes de la diligencia.

Mendoza trató en vano de hacerle variar de idea, y tambien quedaron desairadas las súplicas de Eugenio. En cuanto á Genoveva, nada dijo, solo que se puso tan pálida como Claudio, y fingió que jugaba con el tenedor para ocultar su turbacion.

Pero Cándida no pudo dominar su sorpresa y su disgusto.

—Marcharos! exclamó con ímpetu, ¡marcharos! y por qué! ¡Pronto regresaremos todos!

—Los trabajos están paralizados, mi familia me espera...debo y quiero partir...

—Los trabajos, la familia...pretestos...murmuró Cándida, con indecible mal humor.

—Es que va á ver á su amada...murmuró una voz infantil detrás de ella.

Cándida se volvió vivamente, y vió á Nicolas apoyado en el respaldo de su sillón.

—¡Ah! queréis partir porque vais á ver á vuestra amada, gritó con voz chillona.

—A Elisa la costurera, repuso Nicolás en voz baja.

—A Elisa la costurera, prosiguió Cándida alzando mas la voz.

—Piensa casarse con ella, y esto es una cosa indigna, porque es una coqueta.

—Piensa casarse con ella y esto es una cosa indigna, vociferó Cándida ciega de cólera, porque es una coqueta, una desvergonzada... una...

—Pero Cándida ¿qué es lo que estais diciendo? exclamó Mendoza asombrado.

—¡Lo que digo, digo! exclamó Cándida con despecho.

Claudio tenía las mejillas encendidas, se adelantó y quiso hablar, pero sus miradas tropezaron con las suplicantes miradas de su hermano, y quedó inmóvil y mudo.

—Todo se sabe, se apresuró á decir el niño, por lo bajo desearo poner término cuanto antes á aquella violenta escena,

—Todo se sabe, repitió Cándida en el último grado del furor.

—Díganlo las cartas que recibe todos los dias.

—¡Díganlo las cartas que recibe todos los dias! repitió la señora con voz estridente.

—Pero que mal hay en esto, exclamó Eugenio con acritud, me parece que Claudio puede tener una intriga como otro hombre cualquiera. Y esto debe servir una y cien veces de ejemplo para demostrar que no se necesita ser un Adomo para enamorar á una mujer.

Este epigrama era poco generoso; pero Eugenio sufría, y el sufrimiento nos hace ser injustos.

Nicasio se echó á reir casi involuntariamente, y Gámbara envolvió al pobre jóven con una mirada de insultante burla.

Pero Claudio estaba insensible.

Permanecía inmóvil, cabizbajo, mudo como un reo sentenciado á muerte.

A las últimas palabras de la señora, Genoveva se había levantado y se había dirigido al jardín.

Al levantarse, atropelladamente había dejado caer la silla pero era tal su preocupacion, que ni siquiera volvió la cabeza para verlo que había sucedido.

Una esperanza rápida como el relámpago cruzó por la mente de Claudio, y sintió un violento impulso de lanzarse tras ella y decirle que todo aquello era una farsa. Pero al ir á ejecutar su pensamiento, clavó de nuevo los ojos en Nicolás que estaba tan pálido, tan trémulo, tan ansioso como él...

Claudio se llevó la mano al corazón y permaneció en su puesto.

La comida fué tristísima. Todos aquellos personajes, tenían una aguda espina atravesada en el alma.

Cuando llegó la hora de la despedida, Nicolás corrió á arrojarle á los pies de Genoveva, y la rogó entre sollozos que no le dejase partir.

—¿Sois su hermano mayor? permitid que se quede, dijo la jóven con voz trémula dirigiéndose á Claudio.

—Os remito mi autoridad! balbuceó este turbado.

—Entonces que se quede.

Estas fueron las últimas palabras que se dirigieron aquellos dos corazones unidos por tan fuerte simpatía.

Claudio partió solo. Únicamente pueden comprender cuán triste sería su viaje, los que hayan perdido toda esperanza de dicha en este suelo.

CAPÍTULO VII.

Habían pasado tres meses desde los últimos sucesos, y mi bondadosa amiga, en la vida ordinaria: tres meses son un soplo, que no cambian en nada la existencia.

Solo que á la tibia brisa del otoño, había sustituido el hado vendabal, solo que los días eran muy cortos, el cielo estaba triste, los árboles sin hojas, y los ricos insultaban con sus espléndidos festines la miseria del pobre, que pedía una limosna por amor de Dios junto á una esquina, ó tiritando de frío en su misera bohardilla.

Nada parecía haber alterado la suerte de los personajes de nuestra historia: las mismas ocupaciones, los mismos placeres, nada había cambiado; pero así como la tranquila superficie de un lago no revela el cenagoso limo que reposa en su fondo, del mismo modo aquella calma aparente encubría tormentosas luchas.

Genoveva había tenido la necesaria firmeza, para manifestar á su padre que había cambiado de opinion con respecto á su matrimonio, y este impulsado por doña Cándida, la abrumó con amargas reconvenciones. La posición de la jóven varió casi totalmente, y era severamente vigilada. Vióse casi divorciada de los pobres, sus hermanos; pero creal que una mujer que entrega su fé á un hombre á quien no ama, prostituye su corazón y comete un enorme crimen, y todo lo sufrió, antes que mancillar la inmaculada pureza de su alma.

Eugenio continuaba yendo á la casa con la misma asiduidad; tal vez conservaba un resto de esperanza. Su carácter no había cambiado; pero algunas veces estaba triste, preocupado, y permanecía insensible á los encantos de la mas amena conversacion.

Acaso devoraba en silencio sus celos, porque todos decían que tenía un rival favorecido, y aunque el rival designado era casi un niño, la conducta de Genoveva daba pábulo á lo que á primera vista hubiera parecido un absurdo. Las calumnias que antes Gámbara había esparcido sobre Claudio, las había hecho recaer y fijar al parecer con mas verosimilitud sobre Nicolás, con su travesura, había sabido granjearse el cariño de Mendoza y de doña Cándida. Cuando llegaron á Madrid, todos opinaron que debía quedarse en la casa, y continuar en ella sus estudios.

Destináronle el mas bello aposento, buscáronle los mejores maestros, y fué tratado como el hijo predilecto. Tal vez la señora lo había querido así, para ver si podía reemplazar á Eugenio con el nuevo favorito, y realizar el deseado consorcio de Genoveva; esta obraba á impulso de la generosidad de su alma, que se complacía en ofrecer un porvenir á aquel desvalido jóven; en cuanto á Mendoza consentía en todo esto, sin ocuparse de ello, porque así lo querían la señora y su hija. Hay hombres que iluminan el universo con los resplandores de

su génio, y hombres cuya importancia es tan escasa como al de un átomo de polvo.

Nicolás pasaba todo el día trabajando con un ardor infatigable; pero cuando llegaba la noche iba á paseo con Genoveva en carretela abierta, ó la acompañaba á los bailes y al teatro.

Cuántas veces el pobre Claudio, fiel á su promesa había tenido que detenerse para dejar pasar el carruaje, que llevaba á alguna espléndida fiesta, á la jóven y á su hermano.

Por lo demás, Genoveva ignoraba las generales murmuraciones, y creía que la enorme diferencia de edad que existía entre ella y su protegido, debía ponerla á cubierto de cualquier propósito injurioso. No sabía que la maledicencia no se entretiene en discurrir, y adopta con mas entusiasmo lo que le parece mas absurdo.

Pero su nueva posición no había hecho olvidar á Nicolás; su familia aunque de pasiones vehementes y de carácter impetuoso, tenía un noble y digno corazón. Iba dos veces á la semana á ver á su madre, que se volvía loca de alegría al contemplarle tan bello, porque realmente se había embellecido considerablemente, y aunque conservaba siempre su palidez, y aunque su paso era un poco tardo, no por eso dejaba de ser un bello jóven.

También bajaba algunos días al escritorio de su hermano y era imposible imaginar toda la ternura de las caricias que le prodigaba. Le llamaba su salvador, su ángel bueno, y siempre acababa por arrancar una sonrisa al pobre Claudio.

La posición de este en la casa se había trocado en anómala, Mendoza le había nombrado su cajero con el sueldo de diez mil reales, pero ya no era considerado como amigo, ya no le invitaban á comer como antes, ya no hallaba en nadie la misma cordial acogida, tal vez por efecto de su mismo retraimiento, tal vez porque Genoveva aparentaba no ocuparse de él y no daba impulso á que le mostrasen las mismas deferencias. Había suprimido su lección de inglés, y aunque Lorenza y su hija habían ido á darle las gracias por sus bondades, no les había devuelto la visita. En cuanto á Claudio, evitaba cuidadosamente el verle, pero si le hallaba por casualidad al salir ó al entrar, le saludaba cortesmente y le hablaba de los progresos de Nicolás. Sus breves conversaciones, giraban infaliblemente sobre este tema.

Claudio había vuelto á perder el color de sus mejillas, Genoveva había recobrado su tristeza primitiva.

Un suceso insignificante, varió por un momento la situación de todos.

Eugenio, tal vez por distraerse, trató de fundar un periódico.

No había olvidado su conversacion con Claudio, y fué á su casa para examinar sus manuscritos. Nicasio no le había hablado muy bien de ellos; pero Eugenio era esclavo de su palabra y quiso cumplirla en cuanto le fuese dable; pero ¡cuál fué su admiración al hojear aquellas páginas sublimes, aquellas atrevidas inspiraciones, del que era tan modesto y tan humilde en su apostura!

Eugenio no podía volver en sí de su asombro; porque el jóven era un verdadero poeta, un verdadero génio, pero un poeta erudito, un génio, cuyo ardor era templado por un concienzudo estudio.

(Se continuará.)

Editor responsable, D. MANUEL MARTINEZ.

MADRID.—Imprenta á cargo de M. B. de Quirós, calle de Hernán-Cortés, 18, pral.